

ERIS

Andrés F. Burbano



Eris

Andrés F. Burbano

PUNK RECORDS EDITORES

aparatonacional.com

©**Andrés Felipe Burbano Ibarra**

Portada: Luisa González Plaza.

Diagramación: Augusto Ibarra.

Editor General: Andrés F. Burbano.

Editor: Miguel Ángel Castelo Arteaga.

ISBN: 978-628-01-7235-4

Impreso en: SAMAVA.

Popayán, Colombia.

Primera Edición, 2025.

*Porque la imagen verdadera del pasado es una imagen
que amenaza con desaparecer con todo presente que no se
reconozca aludido en ella.*

*-Walter Benjamín, Tesis sobre la historia. Trad. Bolívar
Echeverría.*

¿Qué soñará el indescifrable futuro?

Jorge Luis Borges, Alguien soñará.

1

Primero me metieron en un cuarto. En un cuarto tuvo que ser, porque no había eco, pero si paredes y una puerta para retenerme ahí. Tuvieron que haber primero salido a pensar que es lo que iban a hacer, y como. Reflexionar meticulosamente los pasos a seguir. Yo, mientras tanto, permanecí imperturbable, sentado en la cama, con una venda extraña en los ojos. Ahora que lo pienso, primero tuvo que haber sido eso, la venda viscosa que parece que se adhiere a mi piel. La venda que ahora mantengo todavía, aunque ya no esté en ese cuarto... Aunque ya ni sepa donde esté.

Primero viví. Primero conseguí algo que les sirve. Primero lo primero. Primero el motivo que me hizo subirme, ya hace un tiempo, a la patrulla. La razón por la que me preguntaron el nombre y sonrieron fascinados, como si encontrarán no a un soldado retirado, a un colega de la patria, un igual, que al igual que ellos, combatía a la insurgencia, sino a un animal mitólogo, alguna pequeña cría de Pegaso, un cochinillo de Erimanto.

—Así que mi hermano, prestaste servicio en Cauca, en Putumayo, en Boyacá. —me dijo uno de los policías.

—Así es —le respondí, ingenuo. —Allá vi la hoja de coca crecer y estabilizarse y las esmeraldas adornar las uñas de los chandosos.

Primero fue un cuarto al que me llevaron dos policías. Luego fue el terror y las técnicas nemotécnicas.

2

Uno de los policías era Aranda, el otro, Ibarra. Uno había presentado su curso en la costa y el otro en los llanos orientales. Es cierto que ellos al preguntar su nombre se emocionaron y no tardaron en seguir la orden de cegarlo, ni tardaron en cumplir la orden expresa del coronel Arboleda,

de mi coronel Arboleda metido en una oficina de la Metropolitana de Popayán. Ellos también se preguntaron que era aquello... algo así como una baba, una clase de moco viscoso parecido a gelatina.

Durante un rato los policías se quedaron en la sala, a la expectativa de nuevas órdenes, Ibarra sentado frente a un escritorio mientras miraba una pelea de la UFC en el celular y Aranda de pie, chateando con una mujer. Luego algunos de sus compañeros volvieron de dar la ronda en sus motorizadas. Fue entonces cuando el silencio, la alienación hacia los aparatos, se disipó y empezaron voces a invadir el Comando de Atención Inmediata y la retahíla sobre la vida y sobre las compañeras que se operaban y sobre sus esposas y los hijos de los seis (o los hijastros de Mendoza) y todo lo que era el pan de cada día, solo se interrumpió por un tema: la baba.

—A ver, dejen ver esa mierda. —dijo uno de ellos.

Ibarra y Aranda se negaron.

— No — dijo Ibarra. — si esto nos lo mandó a hacer mi coronel Arboleda.

— Así es —contestó el otro. — mejor es que no nos pongamos a improvisar.

Entonces los demás policías, que sabían bien

quién era el coronel Arboleda, un tipo que en realidad ostentaba el rango de Mayor General, pero al que llamaban así por sus logros, más joven, desde el Sur occidente al Norte del Cauca, se dedicaron a fumar pipazos de AK-47 afuera del CAI sin preguntar más nada. Simplemente aquellas mismas voces esponjosas, que antes habían invadido la sala, ahora se amontonaban en la puerta para salir. Por un rato tanto Ibarra como Aranda intentaron seguir el ritmo de chistoretos y chascarrillos de sus compañeros, pero primero alguno de los dos le dijo al resto *Es importante que guarden silencio* y después como si nada cortaron la conversación y volvieron adentro para seguir viendo uno una pelea y el otro las fotos en tanga de su nueva moza.

Más o menos una hora después les llegó un mensaje a la app de la policía. Tráiganlo a la Metropolitana, decía el coronel Arboleda. Tráiganlo, pero sean cuidadosos, no hablen con nadie. Vengan directo para acá. Los dos patrulleros obedecieron como autómatas. Entraron al cuarto del detenido, al que encontraron sobre la cama, en la misma posición que lo habían dejado, y le pusieron una bolsa de tela en la cabeza. Luego se despidieron de sus compañeros, de dos de ellos de cerca, que estaban jugando FIFA en una

consola de la sala y de lejos de otros dos, que estaban justo enfrente, en una tienda tomando gaseosa y comiendo mecato. Después se limitaron a desplazarse hacia el lugar. Aranda manejando y pensativo mientras Ibarra no dejaba de decirse que, fuera lo que fuera la baba, esa gelatina que el pobre infeliz del asiento de atrás tenía puesta en la cabeza, lo cierto es que era definitivo que les cambiaría la vida. Dijo: Estoy seguro de que esto es algo ultra secreto. Esa mierda parece viva.

3

Me dejaron en esa pieza por horas. Yo diría: 4 horas. Luego volvieron los dos policías y me pusieron un saco en la cabeza. No me vayan a matar, les dije. Deje de hablar maricadas, me contestó uno de ellos. Avíspese más bien, que nos vamos a ir, me dijo el otro. Luego efectivamente salimos del lugar. Recuerdo que durante mucho tiempo se mantuvieron en silencio, uno muévase y muévase (creo que era el conductor) y el otro riéndose o canturreando alegremente en voz baja, mientras frenábamos y avanzábamos en un carro viejo. Este carro es de mediados del siglo XXI, ¿no?, les comenté. Sí, así es, dijo uno de ellos. ¿Cuál de los dos es el que me habla?, comenté. Los

recuerdo, los recuerdo muy bien. Uno es trigueño y el otro blanco. Uno tiene un lunar en la cara y el otro no tiene pelo. No me respondieron. Esa mierda no importa, me dijeron después.

En un punto se detuvieron y salieron del carro. Afuera los esperaba su superior. Me preocupé aún más. Pensé: Estos dos hijueputas son de rango inferior. Pensé: Estos dos tal vez no sepan ni que hacer conmigo, no soy más que un mandado que les han confiado. Reflexioné: Pero igual no importa, sea lo que sea es grave, sea lo que sea es algo que tiene que ver con esta mierda en los ojos que pareciera que se me está comiendo la piel.

Primero fue una oscuridad total, como si me hubieran puesto una tela súper gruesa en la cara. Luego fueron destellos, gusanos algorítmicos que se movían como bacterias en el agua. Después fue la explosión de colores. Podría decirse: Colores que aluden al ACPM en el piso, escurriéndose con la lluvia. Primero fue la oscuridad, luego la claridad. Primero fue la impresión, la No-violencia y luego fueron los recuerdos nítidos.

Los dos llegaron al acuerdo de llamar una vez estuvieran afuera. Arrimaron la patrulla y le marcaron por línea privada al coronel Arboleda. Qhubo, que fue, les dijo el coronel. Estamos afuera, le dijo Ibarra. Pues entren, maricones, ya están avisados hace rato, miren (y los dos policías fueron enceguecidos por la luz de una linterna), estoy aquí esperándolos. Los dos policías avanzaron y no tuvieron que marcar su ingreso. Adelante el coronel Arboleda los esperaba montado en su Kawasaki T-36. Los policías lo siguieron mientras este atravesaba hasta lo profundo de la Metropolitana. Al llegar a un garaje para tanques se detuvieron. Primero se bajaron del carro y saludaron al coronel con un fuerte apretón de manos. Luego el coronel miró hacia la parte de atrás del Nissan Frontier y vio al capturado con una bolsa de tela en la cabeza. ¿Por qué tiene un costal en la cabeza?, les dijo. Ah, señor, para que los compañeros no lo vieran, contestó Aranda. Sí, mi señor, usted sabe cómo son, dijo Ibarra. Pues quítensela que lo quiero ver, les contestó en corto el coronel.

Los dos policías entraron al carro. El coronel se quedó afuera observándolos. Luego el coronel

se alegró de estar frente a un soldado del Ejército Colombiano del Batallón 36. Muy bien, les dijo entonces, sonriendo. Este es uno de esos. Aranda e Ibarra solo lo miraron. Es importante que lleven a este man a Cali, les dijo. No, mejor yo voy con ustedes, rectificó. El coronel Arboleda dejó de hablar con los policías y abrió la puerta de atrás del Nissan y se sentó junto al anciano. En un principio le preguntó su nombre. Segundo E., le dijo el capturado. Después procedió a golpearlo por alrededor de diez minutos, extasiado, feliz.

5

Aranda e Ibarra no se sorprendieron. Ya habían visto al coronel Arboleda perder los estribos. Luego de destaparlo, justo en el momento en el que él les felicitó y les sonrió, supieron que se vendría una golpiza de euforia. Por un rato se quedaron viendo, relajados afuera del carro, pero primero Aranda y luego Ibarra se fueron a sentar para hacer cada uno cosas en su celular. Cuando el coronel Arboleda salió los dos se pusieron de pie, a la distancia. Estos hijueputas son bichos raros, les dijo el coronel. Los policías pensaron que se refería a ellos, pero pronto entendieron. Son como los deportistas de élite. Ellos sirven como

objetos de estudio, su genética nos muestra las capacidades del cuerpo humano. Las capacidades de regenerarse. Díganme, Aranda, Ibarra, mijos, ¿quieren saber que es esa mierda que le pusieron en los ojos? Ibarra y Aranda tragarón saliva. Es una pomada para que el hijueputa se acuerde de todo, les dijo y se empezó a reír mientras se limpiaba las manos y se subía en su moto. Muchachos, voy a ir por mis armas. Prepárense. Ustedes van a hacerme mandados. No se preocupen por él, ni siquiera necesita medico: ya lo tiene adentro.

Esa misma noche salieron de Popayán, Cauca hacia Cali, Valle del Cauca. Pese a lo que creyeron en un momento, el coronel Arboleda no se fue en su moto, sino con ellos. Los llamó a las bodegas donde tenían los autos y les dijo que podían conducir una de las nuevas patrulla Tesla Pacifista. ¿Cuál de los dos es el que conduce mejor?, les preguntó. Soy yo, dijo Aranda sin dudar. Luego salieron de la Metropolitana del departamento, el coronel Arboleda, erguido y fuerte como siempre, Ibarra, indeciso y calvo, pero famoso por su puntería y su temple y Aranda, tal vez el mejor conductor que podrían elegir, acompañados de un soldado anciano del Batallón 36. Mi señor, le decía el coronel Arboleda, limpiándole los rasguños, ¿cuántos años es que tiene? Y el anciano respondía,

aún intacto, magullado, sí, pero intacto, decía: Ciento veintitrés, pero no me vayan a matar.

6

Un tipo nuevo entró al carro y me dijo, mucho gusto, Arboleda y yo le contesté, mucho y le dije mi nombre. Después me preguntó cosas específicas: Hace cuanto había estado en el ejército, cuantos años tenía. Yo creí entender porque estaba ahí. Le respondí sin titubear mi edad y le repetí casi lo mismo que a los otros dos. Así que es verdad, dijo el tipo. Y entonces me golpeó. Primero fueron golpes suaves, cachetadas que iban y venían y que la baba amortiguaba, pero después fueron puños contundentes, tramacazos duros en el rostro, mientras yo le decía que se detuviera, que yo iba a hablar y él decía, entonces hable, marica, hable pues, porque o sino lo mato aquí mismo.

Y entonces me volví un perico. Empecé a decirle una y otra vez que no me fuera a matar. Dizque: Cuantos años es que tenés. Y yo: Tantos, pero no me vaya a matar. Dizque: ¿Es muy raro llevar eso puesto en los ojos? Y yo: Sí, incluso veo colores entre la oscuridad y recuerdos, recuerdos muy desordenados, pero no me vaya a matar. Dizque: No se preocupe, cucho marica. No se

preocupe por los golpes, que eso solo es éxtasis mal procesado. Y yo: Sí, sí, es solo eso, euforia que no se supo controlar, pero no me vaya a matar. Y él se reía. Eso que le pusimos no lo deja morir tan fácil. Eso que le pusimos y que al parecer lleva escondido. Me lo dijo como si nada, mientras me seguía golpeando y yo no entendí.

El caso es que cuando menos pensé, se detuvo. Usted y yo sabemos que con esto yo no lo voy a matar, me dijo y me sentí desnudo. Se bajó del carro en el que me tenían y pareció irse. Después los otros dos se volvieron a subir y me llevaron a otro sitio. Ahí me tuvieron un rato preguntándome lo mismo, que cuales eran mis recuerdos, que les contara, que ya mismito íbamos a arrancar y yo diciéndoles puras babosadas. Y ellos que no, que les contara sobre los recuerdos. Pero los recuerdos eran mero desorden. Los recuerdos estaban todos sobre mi cabeza, como si estuvieran sobre una mesa y no pudiera escoger en donde fijar mi atención.

Al final se cansaron y arrancamos. Viajamos por 30 minutos. Los calculé tan bien, que incluso ahora aun sigo viendo las imágenes nebulosas de los números que usé para cronometrarlo. Viajamos rápido. Viajamos tan rápido que cuando llegamos al sitio un policía le dijo al otro: Un día de estos

te vas a matar, maricón, por andar tan arreado. Esto hizo reír a Arboleda. A mí me hizo pensar que mejor hubiera sido que ese día fuese el día, pues mientras me arreaban para que caminara, mientras me apretaban duro de las muñecas y me tironeaban, se reforzaba en mí la idea de que me habían sacado de Popayán sin tiquete de regreso. ¿Dónde estoy?

7

Esa noche llegaron a Cali con uno de los B-36. El coronel Arboleda lo llevó por las oficinas de la Metropolitana, acompañado por Ibarra y Aranda, pero al llegar a un punto el coronel se separó de los dos patrulleros y continuó su camino solo con el soldado. Este B-36 en particular interesaba al Gobierno por lo que los patrulleros habían dicho de él: Este se acuerda de sus años en el ejército. Este nos dijo exactamente lo que ustedes nos pidieron buscar: Que haya estado en Boyacá durante algún periodo de las Guerras Verdes. Así, mientras el coronel lo llevaba a las malas, el anciano no paraba de pedir piedad por su vida, mientras Arboleda, ya cansado, esperaba entregarlo rápido y librarse de él. Aunque Arboleda pensó en golpearlo, se contuvo. Si bien es cierto que gustoso lo hubiera

metido en una oficina cualquiera y lo hubiera estropeado hasta satisfacerse, sabía que esas acciones no correspondían al lugar.

Las puertas se abrieron y entraron en un cubo insonorizado hecho de espejos que tenía en su copa una clase de chimenea. Arboleda, que traía de un lado al B-36, estiró la mano libre y alcanzó en el aire un botón. El botón adquirió algo de consistencia y desencadenó una orden. Del piso surgieron dos asientos. En uno se sentó él y en el otro sentó al soldado. El B-36, entonces por fin se calló y empezó a sudar. Cuando los asientos se movieron, tanto Arboleda como el B-36 cayeron en cuenta de que estaban en una geometría que los escupiría hacia arriba. Ambos sintieron el vértigo del ascenso, pero la sensación fue efímera. Poco después se acostumbraron. Al llegar, tocó un botón del asiento y el sonido dentro del cubo volvió. Desabrochó su asiento y el del B-36 y salieron del lugar. Fue entonces cuando Arboleda volvió a ver la estratosfera de Cali o más bien la estratosfera encima de Cali. No puedo respirar bien, le dijo el B-36. Yo tampoco, pero me aguanto como un hombre, le dijo Arboleda. Caminó por la base de la que ya no era la Metropolitana, sino la IPB, la Base Internacional de la Policía, a la que él pertenecía desde la guerra, y en la que solo se

hablaba chino o inglés.

No demoró en aparecer un hombre con rasgos asiáticos para recibirle al soldado.

—Gracias —le dijo Arboleda en inglés. —fue difícil encontrar a este, pero finalmente, aquí está.

—Listo. —le dijo el hombre, también en inglés. —has sido muy eficaz, ya con este van cinco.

8

Ibarra esperó junto a su compañero durante buena parte de la noche, hasta que una de las policías que estaba de turno en la Metropolitana se les acercó y les dijo que lo mejor era que volvieran a Popayán.

—Deberían de ir a la ciudad y esperar nuevas órdenes —les dijo. — El coronel Arboleda no volverá a la Metropolitana hasta dentro de unos tres o cuatro días, me imagino. Es lo que siempre hace. Es mejor que lo esperen allá.

Aranda, que se vio conduciendo a la madrugada y ajustándole el aceite a su nueva novia, apoyó la idea.

—Sí, Ibarra —le dijo a su compañero. — hasta sería mejor que nos fuéramos para Popayán.

Ibarra, dubitativo, sopesando si volver a Popayán era lo que lo seguiría acercando a eso

que el coronel Arboleda tanto ocultaba o decía a medias, se esforzó por contener a su compañero en las oficinas de la Metropolitana de Cali, pero poco después se rindió.

—Sí, pues que —dijo. — mejor vámonos de aquí. Ese man se va a demorar.

De este modo volvieron a Popayán. Ibarra a uno de los Distritos Norte de la zona metropolitana: Timbío. Y Aranda al otro extremo de la ciudad, al que fuera uno de los Nuevos Distritos después de la guerra: Piendamó.

Esa noche el patrullero Ibarra llegó a su casa y caminó a tientas por la cocina buscando que la IA de su nevera le preparara un granizado de frutas. Abrió la puerta y sacó algunas frutas que luego puso en una canasta de vidrio. Cerró la puerta y le aclaró la orden a su nevera. Quiero un granizado de frutas. Quiero estas características de hielo. Quiero este helado. La IA le contestó: Este tipo de helado se acabó. Ibarra le dijo: ¿Entonces de cuales hay? Y la IA le dio algunas opciones. Después llegó hasta la sala y se acostó en el gran sofá-cama y una pantalla se hizo en una ventana. ¿Quieres seguir viendo la serie que dejaste pendiente hace dos días, John? Le dijo la ventana. Pero antes de que pudiera contestar, antes de que la nevera le gritara desde la cocina que ya su granizado estaba

listo, Ibarra se durmió.

En el sueño, las montañas de la cordillera que atraviesan el Departamento del Cauca, se veían como eran en su niñez, como bosques vitales y poderosos, como bosques frondosos en los que las alimañas y los insectos corrían sin inspección humana, sin la inspección de nada, escabulléndose por pisos de hoja seca, comiendo moras silvestres o comiéndose entre ellos, haciendo ruiditos, intentando ser, así sea por poco, los sobrevivientes que beben el agua de alguna cuenca o subcuenca del río que bajaba por estas tierras. Ibarra era consciente de la ubicación, así como de la época en la que más o menos estaba. Vio el monte y después vio las nubes pegando en lo alto de las montañas y supo que estaba camino a la cascada del diablo, en Piendamó. Antes de que pudiera decidir qué hacer, notó que este era el tipo de sueños en el que él no tenía ni voz ni voto. Con obediencia siguió caminando por la trocha de arriero hasta llegar al río que dividía las montañas. Ahí se dio cuenta de que siempre estuvo acompañado. Notó por primera vez bajando el camino a cuatro personas que no terminaba de reconocer, pero a los cuales no era que no conociera, que no le sonaran de algo. Justo en ese momento la trocha ya no bajaba una montaña, sino una tela amplísima. Ibarra se

dejó ir. Se obedeció. Siguió caminando. Se enfocó en una silla de plástico al borde del río. Debajo de la silla estaba un maletín pequeño de tela barata. Ibarra se acercó a la silla y de reojo corroboró si las cuatro personas seguían cerca. En efecto, más cerca de lo que imaginaba: Ahora incluso estaban a su lado, mirando la silla, el maletín pequeño, el dinero que sobresalía de él. Se agachó y recogió la cabeza de una chucha¹. Una de las personas dijo que la chucha estaba repleta de plata. Lo decía como confirmando los que todos cinco ya sabían. Ibarra enfocó su interés en lo que tenía en la mano. De la boca del animal sobresalían los billetes. Son míos, dijo. Son míos, pensó para no alertar a los demás. Mientras sus dedos iban hacia los billetes la ambientación del sueño cambió. Pasó de ser un río mediano en medio de unas montañas gigantescas a ser un charco. Un riachuelo con caminos ya no de arrieros sino de humanos asentados aquí ya hace unas seis generaciones. Ibarra siguió de pie frente a su nuevo ambiente. Memorizó que a la izquierda había un camino hacia las casas y a la derecha un camino hacia el cultivo de mazorcas. Pensó que ahora ya tendría decisión sobre el sueño, pero se engañó. Las cuatro personas empezaron a caminar por el camino que daba a

¹ Zarigüeya

las casas, pero Ibarra seguía parado en el mismo lugar. Observó su mano y el maletín. Tomó de una bolsa de plástico los billetes y empezó a correr a la derecha. Este chiste me saldrá caro, afirmó, aunque fue como si dijera *este chiste le saldrá caro* y él no fuera más que un espectador. No se equivocaba. Cuando Ibarra empezó a correr, las cuatro personas le dispararon. Abrieron fuego que las mazorcas esquivaban o desviaban. A Ibarra se le agudizaron los sentidos. Dio una bocanada y empezó a recordar movimientos, técnicas. Se tocó el abdomen y se encontró una pistola. Observó por encima de las mazorcas, entre las hojas verdes de las matas a los cuatro que ahora se perdían entre las casas. Me quieren dar la vuelta, dijo Ibarra. Se detuvo. Ya no correría en línea parabólica, sino que iría más a la derecha, en línea recta por entre los matorrales.

Se despertó. La ventana le preguntó si todo estaba bien. Todo está bien, le dijo Ibarra, mirándose reflejado en el vidrio pared. Miró la hora en su celular y se recriminó haberse dormido en el sofá-cama por tanto tiempo. Fue a la cocina y le volvió a hablar a la nevera. La nevera dijo Típico de vos y la escuchó reírsele. Luego tomó su granizado de frutas y se lo comió con desespero.

El que no pudo descansar fue Aranda.

Le escribió a su amante, pero ella no le contestó. Indeciso, dio vueltas por los nuevos barrios de Piendamó, poniendo a ratos la sirena para asustar a los indigentes, frenando en parques para ver gente correr, matando el tiempo, pero cuando se aburrió y dijo que ya que, qué vida solo hay una, la mujer le contestó. Hola, le dijo y le compartió su ubicación. Aranda tuvo una erección. Juicioso manejó hasta donde lo estaban convocando, con la imaginación desbordada, visualizando a la mujer tal y como la quería tener, pero al llegar se dio cuenta que la Tesla Pacifista no cabía por la calle que daba a la casa. Esto lo sacó de sus pensamientos. Mierda. Se bajó del carro y miró en todas direcciones para decidir si era una buena idea dejar ahí un carro de la policía. De todas maneras, no me voy a demorar, se dijo.

Al llegar él le preguntó si estaban solos. Sí, le dijo ella mientras sus ojos se incendiaban y su piel recibía la caricia de su mano y su beso en la mejilla. Estamos solos, mi papá y mi hermano se fueron hace un rato. Mi hermano dijo que se iban a demorar. Al escuchar esto él decidió abrazarla por la cadera. Entonces podemos divertirnos, le

dijo. Al menos hasta el amanecer, le contestó. Él sonrió y se quedó detallando su rostro, sus ojos miel y su cabello rojo. Luego la apretó y la trajo hacia él. Se besaron. El desespero se apoderó de la sala y en un acto fugaz cerraron la puerta y se fueron dando tumbos hasta el sofá de la sala. Ella lo besaba, pero también le ponía las manos sobre el pecho, como buscando estar cerca y lejos de él al mismo tiempo. Juguetearon. Ella le tocó el pene. Él, por su parte, se dedicó a besarle una oreja y a usar una de sus manos para apretarle el cuello. Fue entonces cuando ella dudó. Volvió a apretar el pájaro y sintió culpa. Tomó valor y alejó con sus brazos al policía. No puedo, le dijo. No puedo. Y se movió sobre él. Sobre él que la acomodaba y le permitía a su pene rozarle los labios por fuera del pantalón. Sí puedes, le dijo él. Sí que puedes. Y la volvió a besar.

Ella supo que tendría que solucionarlo. Cayó en cuenta de la importancia de llegar a un punto medio. Se dejó llevar por los besos y se contentó con sentir el tamaño de la verga. Luego volvió a resistirse. A pesar de que él la tenía aprensada con una mano, ella logró soltarse e ir hacia atrás. Te la voy a mamar y ya. Solo te voy a mamar el chimbo. Él se ríó y la sacó.

Al mirarla, ella sintió ganas de metérsela en la

boca. Al salir del pantalón la vio dispararse, erecta y húmeda y no dudó un segundo en tomarla del tallo y metérsela a la boca. Él se puso cómodo sobre el sofá y la vi hacer. Se terminó de extender hacia atrás y soltó un ¡aaaa! profundo. Un gemido que a ella terminó de motivarla. Empezó a dejar salir baba de sus labios, para que se fuera extendiendo a lo largo de lo que ella sentía golpear en lo profundo de su garganta. Lo miró. Detalló en su rostro el placer. Sostuvo su mirada y entonces se la sacó y le dio besitos en la punta. ¿Te gusta?, le preguntó sonriente. Y entonces le dio dos chuponsitos al ojo.

Le acarició la cabeza. Le mandó los cabellos para atrás de las orejas. Sí, así, le dijo. Después empezó a maniobrarla para que subiera y bajara rápido. Al rato ella se detuvo. Agitó la cabeza. Las manos del hombre se alejaron como si fueran de papel. Ella se reincorporó y metió la mazorca hasta el fondo. Al poco rato todo terminó.

Ella se levantó y se sentó a su lado y se quedaron en silencio. Luego Aranda estiró la mano y sacó de uno de los bolsillos del pantalón una bolsa de marihuana.

—Me causa gracia que los policías también pueden fumar —le dijo ella.

— En este momento no estoy prestando servicio.
— le contestó y siguió armando el porro con calma.
— ¿Qué era de lo que me querías hablar? — Dijo, antes de encenderlo. — con ese cuento me trajiste hasta acá.

Ella estaba pensativa.

— No quiero que pienses mal de mí. Hay algunos policías que siguen siendo muy conservadores — dijo ella.

— Son puristas. — Le corrigió Aranda.

Ella volvió a dudar. Pensó en su hermano y su papá. Finalmente extendió su mano derecha y tensionó sus dedos, dejando así al descubierto dos prótesis en la mano que ocupaban el espacio del meñique y el anular. Aranda los observó con ojo crítico.

— No me sorprende — Le dijo por fin, acostumbrado a ver protuberancias en las prótesis subsidiadas del sistema de salud colombiano.

— Espera — le dijo ella. — No seas impaciente.

Y entonces los dedos se alargaron aún más, como si fueran dos ciempiés tecnológicos. Aranda se asustó.

— ¡¿Cómo conseguiste eso?! — le dijo, sabiendo bien que era una prótesis japonesa. — ¿Por qué está mal instalada? — Se arrepintió de preguntarlo así.

—Me la puso un doctor chino. —dijo ella riéndose. Pensando en alivianar la situación.

Aranda no tuvo tiempo de pedir perdón. No tuvo tiempo de pensar en otra cosa.

—Esta prótesis me la instaló el Ejército Chino...

Se puso de pie. Dio un brinco fuera de la cama. Pensó: Dejándomela chupar del enemigo. Pensó: Jueputa, el carro está lejos. ¡Es una trampa!

—¡Soy una civil! —le gritó ella, viendo su cambio de actitud. —Me la pusieron durante la ocupación. Aunque sí... sí es de eso que te quería hablar. Por eso la mano... la mano y los dedos... pero yo...

Aranda quiso ir hacia el arma, que ahora recordaba estaba en el cinto del pantalón, pero se contuvo. No vio en ella una intención beligerante y se relajó. Con rapidez se levantó sus pantalones y se los abrochó.

—Dime, ¿Qué es lo que quieres hablar?

—De esto —le dijo llorando. —Solo de esto en mi mano...

Aranda sintió un miedo más antiguo que la simple situación que estaba viviendo. No creyó en nada de lo que la mujer le decía. Una Tesla Pacifista recorre las calles de Piendamó. Un hombre tiembla. Piensa, duda, sabe que lo están siguiendo, cree que no debió hacer esto. Cree que nunca debió hacer esto.

10

Arboleda vio alejarse al oriental con el B-36 y se quedó parado detallando el oscuro cielo. Suspiró profundo y sin pensar en más volvió sobre sus pasos. Pasó la sala con la capsula, atravesó la circunferencia del anillo que era la base espacial y también los mesones metálicos y las cocinas donde se agrupaban varias mujeres de diferentes partes del mundo. Una de ellas era colombiana y Arboleda la saludó. Ella le dijo que cuando terminara su reunión arrimara por unos frijoles. Arboleda le agradeció, pero también pensó que no se antojaba de comer esos frijoles artificiales de la base.

Llegó a una oficina que tenía una placa metálica con la bandera de Colombia. Tocó tres veces y esperó. Desde adentro alguien le gritó si era Arboleda. Sí, contestó él. Espera, le dijo en inglés. Arboleda obedeció y se quedó parado frente a la puerta. Adentro se escuchaba que la voz hablaba en inglés, luego en francés, luego en alemán. Arboleda entendía los dos primeros e intuyó que en alemán se había repetido exactamente lo mismo. Escuchó sillas correrse y pasos. Se quitó de la puerta y se hizo a un lado como si fuera la guardia.

—Son delegados de sus países, nada más. —le dijo el Cónsul. —Yo acá hago el trabajo de tres: diplomacia, inteligencia y asesor de fiestas. Y ellos lo saben. Están acá todo el tiempo, nos vemos todo el tiempo, y aun así toca reunirnos en este salón a guardar la etiqueta. Nos sentamos hoy a hablar con nuestros presidentes y mañana nos emborrachamos mientras imaginamos unos lo que otros cuentan sobre las ciudades donde se puede subir a una base espacial.

Arboleda se mantuvo serio.

—He traído a uno de los...

—Sí, hombre, Carlos, lo sé. Siempre eres muy efectivo, carajo. Me enteré que dos policías más saben. ¿Tienes controlada la situación?

—Sí, sí señor. —dijo Arboleda todavía de pie.

—¿Crees que va tocar enviar alguien de acá?

—No, no señor. Ya yo me encargué de eso.

—¿Crees que ellos vendrán o sabrán llegar acá con información exacta y detallada sobre los B-36?

—No, no señor. Todavía no saben mucho... tal vez solo sospechar lo de la baba, ¿no?

—Está bien. —El cónsul sonrió y miró su placa sobre el escritorio. Dijo jocosamente: —pero no te preocupes, hombre, Carlitos. Siéntate, mijo, siéntate.

Arboleda obedeció. Quiso pensar en alguna

otra cosa, pero su policía interno era más fuerte. Volvió a fijar su atención en su superior, en las palabras de su superior.

—¿Quieres beber algo?

—No.

—Carlos... —Lo miró reprochándolo.

—Está bien, una cerveza.

—Una cerveza será.

El Cónsul se levantó de su silla y se acercó a una nevera que tenía a su lado. Sacó cuatro cervezas. Destapó las cuatro. Las puso sobre el escritorio hecho de acero inoxidable y acabados de plástico.

—Estas mesas son hermosas. —Le dijo a Arboleda. Se sentó de nuevo, Arboleda aprovechó para tomar una cerveza. —Ya sé de qué quieres hablar, entonces vamos al grano...Carlos, mira.

—Suspiró decepcionado. —La belleza de nuestro planeta no se puede cambiar por nada. Menos la de Colombia. La ciencia no podrá superar nunca la naturaleza o en todo caso siempre se demorará, nunca una vida es suficiente, todo se logra en generaciones. —Él también tomó una cerveza e inclinó la silla hacia adelante. —¿Has visto fotos de Marte? —Arboleda tragó entero.

—Los habitantes de Eris viven bien, es verdad, pero metidos en capsulas, rogándole a Dios que su comida no se quede vagando en el espacio por

culpa de algún meteorito o de los malos cálculos. —Arboleda sintió la sangre recorrer su cuerpo, lo emocionaba pensar en Marte. —Allá viven encerrados, incapaces de explorar libremente. Yo no quiero eso. —Volvió a tirarse para atrás. — Es verdad que la ciencia nos da granjas espaciales magnificas, como la Obregón QR3, pero no sé... ¿no se sigue mandando comida? Claro que sí. ¿No se sigue muriendo la gente por los cambios de gravedad y temperatura? Claro que sí. Eso me parece aun demasiada incomodidad, ¿o tú que dices? — Arboleda no contestó—. Voy a parir hijos fuertes que a su vez tengan hijos fuertes y capaces y entonces tal vez ellos si puedan ir, cuando ya se haya avanzado bastante en el proyecto de terraformar... Ahí es que vale la pena ir a Eris. Además...

—Por ahora. —Interrumpió Arboleda.

—¿Qué?

—Por ahora es así, pero alguien tiene que hacerlo. Lo de terraformar, digo...

—Ja, sí, sí, está bien —dijo el Cónsul entusiasmado. —Por ahora, es verdad, los humanos siempre nos adaptamos, siempre encontramos la forma, el quiebre y nos empezamos a meter. Quieres ser pionero, carne de cañón de nuestra evolución. ¿No es así? Siempre héroe, mi

coronel Arboleda, ¿no es así? Además, en Marte estamos dando saltos gigantes y llevamos pocos años. Es verdad eso, pero yo estoy acostumbrado a estar cómodo. Eso es lo que quiero que mires para ti. Mírame, Carlos, yo ya no soy un hombre de acción, soy un hombre de órdenes. Yo puedo ser cónsul en cualquier parte del mundo, acepté este, por ejemplo. Incluso entre esos asquerosos Dorgons podría aceptar un trabajo, pero siempre con comodidad. Puedo estar en el infierno, en caso tal de que en el infierno haya una oficina y unas cervezas bien frías y almuerzos deliciosos y alguna que otra dama o caballero que me ayuden a solucionar necesidades. Todo eso Eris me lo ofrece a medias. ¿Por qué lo querría uno de nuestros héroes?

Arboleda le dio un gran trago a su cerveza. Pensó en la guerra. Recordó a sus muchachos de tropa y sus ofensivas y retiradas. Sus conquistas. Recordó algunas cosas en concreto: Uno de sus compañeros sonriendo, completamente armado, con casco y maletín. Él subido en un árbol mirando la costa de Guapi, espiando los barcos chinos enclavados en el mar más allá de las montañas. Recordó su repliegue al Norte del Cauca, que fue vital para lograr inmovilizar las tropas de la insurgencia en Popayán, Pasto, Cali,

Bogotá. Recordó que ahí tuvo la idea de irles dejando tierra desolada a los chinos. Una idea inviable. Cuando Arboleda volteó a su alrededor y se encontró con tal nivel de riqueza natural supo que, si se entregaba el Cauca, se perdía la guerra. Fue entonces cuando se le ocurrió lo que lo convirtió en el famoso coronel.

—¿Has visto entonces o no fotos de Marte?

—Sí, si lo he hecho. —Arboleda sonrió por primera vez. —Mi lista de compartidos está repleta de videos sobre la vida en Marte. He visto las granjas y las piscinas y los espacios de adaptación y las hectáreas rocosas...

El cónsul se puso serio.

—Mi General. —Dijo Arboleda. — Yo si quiero ir a Eris.

El Cónsul quedó pensativo. Con su dedo índice, que tenía reposado en su surco, se daba golpecitos en la mejilla. Quería persuadirlo de no ir, quería no perder a alguien tan eficaz como Arboleda en un arenero.

—Hace unos años conocí un gringo que había tenido largas conversaciones con Dorgons. Se cree que esos bichos abrazaron la ciencia al menos 60 años antes que nosotros. Ahí está su ventaja y su debilidad. ¿Sabes? Su forma de pensar está libre de ideas religiosas o místicas. El gringo me dijo

que su literatura seguía siendo fantástica, que su comprensión de la realidad les permitió mantener la imaginación de los dioses, pero como un mero cuento. ¿Quieres reírte? Que dizque tenían algo parecido al realismo mágico. ¿Qué tal, ah? Saliendo con esas porque soy colombiano, para agradar, el gringo hijueputa. No, Carlitos, los Dorgons no solo tienen un género, tienen cientos de géneros literarios, porque no son estúpidos, sino incluso superiores a nosotros. (...) Pero ya que. Igual sonreí y dije que era muy interesante que me hablara de eso. Al final, somos militares, hombres de armas, ¿no? Sabemos lo que nos conviene. No me voy a poner exigente. El caso es que los Dorgons tienen más dudas que fe. Son animales racionales con una evolución similar a la nuestra. Y aunque pareciera que tienen muchísimo más controlada su capacidad de pensar e imaginar, solo eso es: Piensan e imaginan, no creen, no construyen fantasías que se funden en la realidad de sus comunidades. Entonces, ¿cómo va a ser realismo mágico lo de ellos, ah? Si hasta les falta Dios y la fe.

— El cónsul volvió a reírse. Arboleda no entendió.

— ¿Sabes que me dijo? Que cuando los Dorgons llegaron a Marte supieron de inmediato que había que vivir bajo la tierra. Que sus cálculos eran exactamente los mismos de los humanos. Y claro,

porque la física no la inventamos nosotros. Pero lo impresionante es que ellos supieron de una, sin mucho estudio, de mera lógica, que lo mejor era excavar y construir ciudades bajo la piedra. —El cónsul empezó a murmurar risueño. Arboleda no entendía a qué venía todo esto. Se impresionó de que el cónsul no pareciera tan borracho. —¿Sabes en que terminó todo? —dijo por fin. —Después de unos días descubrió que uno de los Dorgons era una inteligencia artificial.

Arboleda volvió a darle un gran trago a la cerveza, hasta acabarla. Tomó la otra. El momento era tan incomodo que parecía apretarlos.

—Carlos... —le dijo el Cónsul. —Si en verdad es lo que quieres no te voy a detener. Eres el coronel Carlos Arboleda, después de todo. Algo podemos hacer. Pero mira, puede que los Dorgons nos ataquen en cualquier momento. Todos sabemos que Ruaskshya² es mejor. Últimamente el canciller de Eris pide más presencia militar en la ciudad. En Ruaskshya también han desembarcado un importante número de tropas en los últimos meses. Es cierto que los humanos hemos avanzado, pero las relaciones con los Dorgons nunca han sido del todo estables. Lo que ha permitido la socialización es la hostilidad de Marte, nada más. Eso y el Gran

²Ciudad Dorgon.

Cinturón Galáctico³ que protege la tierra. Pero bueno, si recuerdas, hace no más tres años hubo un enfrentamiento entre humanos y Dorgons en una de las minas de agua. Ahí quedó claro que los Dorgons tienen mejor tecnología que los humanos, pero que igual podemos resistir, nuestros cuerpos están mejor adecuados para la violencia y nuestras armas son inferiores, pero eficaces. ¿Sabes, Carlos? Yo pienso que ellos desnutrieron la fe y entonces perdieron la terquedad.

— Mi general... — Dijo Arboleda — no entiendo de que me habla.

Arboleda siguió tomando en silencio. Pensó en los Dorgons, en su aspecto. En su monologo interior se dijo que de todas formas era verdad que no tenía ánimos de viajar durante mes y medio para desembarcar en una guerra. Ni siquiera consideraba la idea de viajar para seguir patrullando ciudades. Pensaba en Eris como su retiro.

El silencio fue tan abrupto que el cónsul reinició.

— Vas a ir a Eris también gracias a los B-36, ¿no?

— El cónsul se puso de pie y se tomó la segunda

³ El Gran Cinturón Galáctico es una defensa espacial creada en mancomunidad por la gran mayoría de países del mundo en pro de protegerse de posibles ataques de los Dorgons. Es una asociación lógico-militar independiente la cual cuenta con una gran variedad de misiles atómicos.

cerveza en menos de 30 segundos. Arboleda pareció hundirse en su silla e intentó seguir su ritmo. —Si logramos extraer la tecnología que tienen dentro, no solo podrás ir a Eris y vivir tranquilo. Te saldrá gratis. Podrás llegar como un héroe, incluso puede que se te den hectáreas por tus aportes a la humanidad. Pero solo si los B-36 sirven. Si sirven podremos cambiar las reglas del juego en Eris y persuadir a los Dorgons de no atacar. Nos dará tiempo. Tiempo para mejorar y a ti, tal vez, para vivir ese famoso retiro. Puede que hasta puedas morirte en paz. —el cónsul no aguantó la carcajada.

—Yo quisiera viajar a Eris para vivir en paz.
—le confesó Arboleda, con la botella vacía en la mano.

—Hombre, Carlitos, para eso mejor vente a vivir a la base espacial.

11

No podía respirar de puro miedo. Cuando sentí el tirón en mis pies y el vértigo incrustado en el pecho me quedé mudo. Arboleda me decía que caminara y yo caminaba. Yo le dije que no podía respirar y él me contestó que debía ser más varonil. De repente nos quedamos parados en el pasillo, en

el pasillo estoy seguro porque desde que salimos de la capsula no entramos a ningún lugar. Ahí me entregó a alguien más. Hablaron en inglés. Para entonces, mientras caminaba y respiraba con dificultad, en mi mente las imágenes del pasado se fueron volviendo nítidas. Mi cerebro por fin se acostumbró al desorden y entonces pudo volver a fijarse en esto y lo otro, en aquello, en todo. Ahí estaba yo caminando afuera y adentro de mi mente, también en primera persona, sintiendo volver los colores y las formas y las voces del pasado. Pero yo no quise recordar más.

—¿Cuál es la gana de traerme así? —Le pregunté.

—No preocupar, no preocupar. —Me contestó.

Luego si entramos en una habitación. El olor a látex y limpio me hizo revivir momentos en quirófanos. Una persona me puso fuerte la mano en el hombro. Después me saludó. Yo dudé en hablar, pero también respondí. El que me trajo le dijo en inglés algo y este primero chasqueo los dedos y después me haló hacía una silla.

—Siéntese. —me dijo en un acento extraño. Obedecí. —Usted de ahora en adelante será llamado el experimento B-36 #3. ¿Ok?

—¿Qué? —Alcancé a decir.

—¡Silencio! —Obedecí. —De ahora en adelante

estará bajo mi supervisión, y de algunos más de nuestros colegas, dependiendo de su avance. ¿Puede recordar? —Guardé silencio. —¿Puede recordar? —Y cuando pensé en responder escuché un disparo. —¿Puede recordar? —Y entonces grité, grité y me tiré al piso. ¿Cuánto tiempo llevaba sin sentir tanto dolor? —¿Puede recordar?

—¡Sí, sí, sí! —Le dije desesperado. —Puedo recordar, lo recuerdo todo.

—Entonces sabe porque está aquí.

—Creo saber —le contesté.

Él se acercó a mí, un animal herido e indefenso.

—Déjeme ver.

Yo quité mis manos y le dejé observar la herida. Estiré el pie, tembloroso, y pude sentir como lo tomaba en sus manos, como analizaba lo que supuse era un hueso.

—¿Siente el disparo?

Me impactó su pregunta.

—Sí. —contesté.

Escuché sus risas. Sentí como puso una inyección y el dolor se iba.

—Excelente, excelente. —dijo. —¿Ya no siente dolor, no es así? —Se lo confirmé. —Es porque nunca hubo disparo, señor 3.

Cuando por fin pudo descansar eran las 2 de la tarde y llevaba en silencio al menos una hora. Hasta ese momento, Aranda solo veía pasar sus pensamientos, sumergido en una clase de meditación absurda, en la que calculaba que decisión tomar en casos hipotéticos que él planteaba y descartaba y volvía a planear, pero con variantes. Al llegar a casa no hizo bulla y pasó a la habitación que tenían en una clase de granero pequeño. Se tiró sobre la cama. Pensó que era importante reportar esto a la estación, pero su voz interna le dijo que era ridículo. Se dio ánimos con que tal vez si era verdad lo que ella le había dicho, que tal vez no tenía nada que ver con los chinos y por lo tanto nada que ver con el ERP, que lo mejor era relajarse y recordar la ubicación de ella y su posición en la policía. Hizo esfuerzos por levantarse de la cama y alcanzó las gafas de realidad virtual que tenía sobre el nochero. Se las puso. Estuvo caminando por las calles de Popayán, en incognito, mirando a los demás avatares. Entró en uno de los edificios más grandes de la ciudad imaginaria y subió en ascensor hasta el piso final, a la terraza desde la que pudo apreciar abajo el puente del Humilladero, el Morro y la estatua

indígena encima del Morro. Pese a que un mesero NPC se acercó a ofrecerle cigarrillos, Aranda prefirió pasar. No le gustaban tanto los cigarrillos de este universo. Además, puede que incluso haya olvidado recargar el aceite. Ahí estuvo. Ahí siguió sumergido en cavilaciones. Al final, a las dos de la tarde, le dio sueño y pudo dormir por fin, arriba en la terraza de un edificio inexistente, mirando una ciudad entre falsa y verdadera, una calca de la realidad a la que le habían aumentado detalles.

Fue a la cama de inmediato. Quiso cepillarse, pero se sintió de repente tan agotado que prefirió dormir. Ibarra ni siquiera quitó la cobija, sino que se descompensó, sobre todo. Poco antes del mediodía se despertó. Su cama le preguntó si quería seguir durmiendo o si prefería levantarse. Ya me voy a levantar, le dijo Ibarra. Quiero desayunar huevos cocidos, chocolate frío, pan. ¿Con o sin proteína?, le preguntó la cama. Con una buena porción de proteína, le dijo Ibarra, al terminar entrenaré. Luego estuvo desperezándose en la cama un rato y salió a desayunar. Aproximadamente una hora después ya estaba repitiendo rutinas y, dentro de la capsula de gravedad, asignando pesos a su ambiente. Trotó en círculos una hora y después

se dedicó a levantar pesas mientras tenía puestas las gafas de realidad virtual. Disfrutaba de cambiar su escenario mientras hacía repeticiones. Después, cuando se estaba bañando, recordó el sueño. Se antojó de mazorca y le dijo a la ducha que si podía poner a preparar una arepa de maíz. De inmediato, le dijo, escupiendo a su vez agua tibia en la que Ibarra se inundaba.

Arboleda salió de la oficina y caminó hasta las cocinas donde la mujer seguía esperándolo. ¿Quieres o no quieres? Le dijo sonriéndole. Arboleda, que tenía ahora el ánimo turbado, le contestó que sí, qué que más daba. Ella, acostumbrada a sus cambios de humor, se dio vuelta y empezó a hablar con las otras mujeres en un inglés tan fluido que Arboleda recordó que ella era colombiana pero nacida en Estados Unidos. Si quieres ve a sentarte, yo te llevo la comida, le dijo ella. Está bien, le contestó Arboleda. ¿Puedes darme ají? Claro que sí, le contestó ella, te voy a llevar arroz, frijoles, chuleta de cerdo, un chorizo y ají. Cuando la mujer llegó con la comida le preguntó si le habían dado malas noticias, pero Arboleda no quiso hablar de eso. Solo confórmate con saber que todo depende de mí, y a la vez todo

depende del soldado ese que trajimos, le dijo. Ella quiso preguntar más, pero se resignó. Se recostó sobre el vidrio de la base y Arboleda contempló a una hermosa mujer recostada al vacío. Abajo puntos y puntos de luz y arriba solo oscuridad en negro mate. Comió sin hablar. Llevo mucho tiempo sin ir a Cali, le dijo ella en algún momento. ¿Me puedo ir contigo la próxima vez que bajes? Voy a bajar ya, le dijo Arboleda.

Cuando llegó a la Metropolitana de Cali vio que la policía-secretaria se levantó y se fue a esconder al baño. Arboleda, siempre intuitivo, le preguntó al compañero sus razones. Él, también nervioso, le contestó: Mi Mayor es que ella les dijo a sus dos policías que se fueran para Popayán. Arboleda se rio. Mínimo el hijueputa de Aranda convenció al otro de irse, no se preocupen. Dígale a su compañera que venga. Y entonces la puerta del baño se abrió y ella acudió a su encuentro, no solo porque Arboleda hablaba durísimo, sino porque de todas maneras ella no se había alejado un segundo de la chapa de la puerta. Me disculpa, mi coronel, le dijo la joven con notoria vergüenza. No te preocupes, mi vida, le dijo mientras le daba palmaditas en el hombro, igual yo no los necesito por hoy. Luego Arboleda salió de la Metropolitana y por primera vez, tanto la

chica como su compañero notaron que el coronel Arboleda venía tomado de la mano con una hermosa mujer, una joven vestida con un short de blue jean y blusa, una mujer delgada, de metro sesenta y de piel canela. El compañero le dio un golpe en el antebrazo con un ademán delicado y le dijo. ¿Esa es la novia del coronel Arboleda? No, tonto, le dijo ella, es la hija.

Salió en su carro a dar una vuelta y a fumar marihuana. En el puente elevado del tablazo se entretuvo con un show circense. Mientras le daba caladas al porro observó a un hombre parado de manos que sostenía una frágil escalera con sus pies y a un niño que se apresuraba a saltar sobre ella. El espectáculo era preciso y la escalera de repente había resultado tan resistente que Ibarra fijó toda su atención. Sostuvo el porro en los labios y le subió el volumen a la música. El niño hizo como que se caía y como que no y se metió la mano al bolsillo de atrás del pantalón mientras se zarandeaba sobre la escalera. De repente sacó un triciclo. Ibarra vio engordarse una llanta detrás de él, como en las caricaturas. El niño se subió al aparato y se pasó a la otra pierna del hombre atravesando la escalera. Luego gritó algo

(que Ibarra no pudo escuchar debido al ruido) y sacó tres machetes de los bolsillos delanteros del pantalón, uno a uno, tres machetes que agarraba con una sola mano y que Ibarra no sabía identificar si era por la Gorrilla Blue que fumaba o por la magia del artista, pero se le hacían más grandes a medida que más se alejaban del bolsillo. El pequeño terminó su acto. Ibarra pitó dos veces. El niño saltó al asfalto y se empezó a acercar al carro. El hombre hizo lo propio y saltó con los brazos haciendo que la escalera girara por los aires como un trompo. Ibarra se inclinó para verla volar. Feliz, dejó el porro en el cenicero y empezó a buscar monedas. El niño tocó su ventana e Ibarra la bajó. Que bien, veci, le dijo el niño, que bien. Ibarra le pasó como 12 monedas y 3 billetes. Sí, sí, le dijo Ibarra, animado de repente, así es, cuéntelas bien y mire los bigotes que le hice a los Uribe. El niño siguió las órdenes y su expresión cambió. Sorprendido se lo guardó en el bolsillo de atrás. Llegarán a donde tengan que llegar, dijo con convicción. Después ambos se alejaron, el niño a seguir pidiendo a los demás carros e Ibarra rumbo a donde sea, como si estuviera patrullando.

13

Me llamo Segundo, le dije, Segundo, así mismito, Segundo Elías, así tal cual, con todas las letras, sí señor, me llamo Segundo. Y entonces hubo risas, puras risas.

—Deje de temblar, señor 3, ya no le debe doler.

Y era verdad, ya no me dolía. Pero aun así seguí, seguí incontenible, salvándome de la saturación de recuerdos, buscando el camino a la liberación, asqueado de tener memoria, asqueado y añorando por así sea leves segundos recuperar el olvido. Y entonces le dije: Nací en Nariño, en un pueblo bastante bien conocido llamado Puerres, pueblo rico en piedra de carreteras, carreteras que tiran para Pasto y para el Ecuador y también para Funes, nuestro pueblo vecino, al que de vez en cuando le mandamos montañas subidas en volquetas para que las motos de los cocaleros y de los amapoleros y de los empresarios y de cualquier hijo de vecino puedan circular. Y mientras yo soltaba mi perorata escuché que el que me había traído le dijo al médico: ese pueblo se llama como un cuento muy viejo. Y yo le dije que sí, que eso me dijo una vez un anciano al que le alquilé un apartamento, se trataba de un cuento de un escritor ciego cuyo protagonista

también era Funes, Funes precisamente que no podía olvidar, como yo no podía dejar de hablar y de recordar y de tener presente la fecha exacta, o al menos la semana exacta en la que sucedió mi vida, transcurrió mi tiempo y que, en fin, pero que también fue ahí, ahí cerca a Funes donde yo nací, en Puerres.

— Ahí nací yo y ahí fui a la escuela, hasta tercero.

Y escuché al médico decir bufón:

— Segundo llegó hasta Tercero.

Y hubo risas, puras risas.

14

Eran ya las seis de la tarde cuando la habitación se llenó de ruido y Aranda volvió en sí. Su esposa, que desde hace rato estaba pendiente de él, se mantuvo alerta desde la cocina, pero al ver que Aranda no contestaba el celular, ni detenía el pitido de las gafas de realidad virtual, atravesó hacia el granero y fue a comprobar que todo estuviera bien. Al llegar, Aranda estaba sin las gafas puestas, en la oscuridad, mirando al techo. Ella quiso entrar, pero al verlo ahí dio un paso atrás.

— ¿Qué pasó? — le dijo Aranda.

Ella dio media vuelta y se dispuso a volver a la

cocina.

— ¡Qué que pasó! — le gritó, con una autoridad que hizo a la mujer obedecer y contestar.

— Nada, amor, nada — le dijo, con la cabeza gacha en medio de la oscuridad. — Estaba timbrando hace rato el celular y las gafas y me preocupé... Ya...

— ¡Ah! — le contestó. — cómo se pone a verme como si fuera un animal en un zoológico.

A la mujer se le arrugó la cumbamba. Aranda quiso decirle algo más pero su celular sonó.

— Es el coronel Arboleda — dijo asustado.

Miró su reloj en la muñeca y supo que la llamada no era positiva. Tenía muchas llamadas perdidas. Le dio click a la pantalla del reloj y apareció una pequeña representación holográfica.

— ¡Qhubo, maricón, y que es que no contestás!

— Mi coronel, mi coronel que pena. — le dijo Aranda, obediente y manso de repente. — Estaba durmiendo, mi coronel.

— Ningún coronel, mi Mayor, hijueputa ¿Durmiendo desde ayer?

Hubo un silencio.

— ¿Cómo así, mi Mayor?

— Mire la hora Aranda, son las 4 am. Ustedes se fueron a Popayán hace día y medio.

Aranda guardó silencio y le hizo un gesto a su esposa para que lo dejara solo. Ella obedeció, pero mientras se alejaba siguió escuchando el vozarrón de Arboleda, una voz potente que la siguió hasta la cocina y la acompañó mientras se ponía a arreglar los platos. Así medio se enteró que algo había pasado con Ibarra, el compañero de su esposo, y que lo mejor era que Aranda le dijera ya mismo a su jefe dónde triple hijueputas había estado todo el día, dónde se la pasó mientras él resolvía todo. Dormido todo el día, pensó ella. Durmiendo, por favor perdóneme, mi Mayor, decía él. Pero eso no parecía importarle a su jefe. Su esposo era como un niño regañado. Su jefe dijo: Mire Aranda, vengase ya mismo para Cali. Y luego le colgó.

Aranda quedó pasmado. Sentado al borde de la cama recapituló su día, recordando su patrullaje hasta la casa y sus caminatas virtuales. Se recriminó el insomnio y sus desconexiones. Escuchó como su esposa se hacia la que arreglaba loza en la cocina. Le dio rabia. Pensó en sus hijos y le dieron ganas de llorar. Se levantó de la cama y fue al lavamanos donde se enjuagó la cara y se dio algunas cachetadas. Luego se quedó observándose en el espejo. Pensó en lo estúpido

que era Ibarra como para terminar involucrado en una situación así. Rebelarse ya es perder. Es que también, el coronel obvio que nos había puesto vigilancia, se dijo. Eg, ese Ibarra... ¿De qué se dio cuenta que yo me salté?

Ella lo vio entrar a la cocina y se puso nerviosa.

—Lo siento por lo de antes —le dijo.

—No te preocupes —le contestó.

—Aquí te estoy terminando de preparar el desayuno — le dijo.

—Oh —dijo él y se sentó tranquilo en el comedor.

Ella se apresuró a revolver los huevos en la sartén y a servir el chocolate y echarle una rebanada de queso campesino. Luego tomó pan y lo puso en un plato. Después puso los huevos. Él no dijo nada cuando ella le llevó el desayuno a la mesa. Ella, por su parte, se quedó detallándolo y notó su mirada fría.

—¿Llegaste hace rato?

—Sí, claro, es la madrugada.

—¿Hay algún carro afuera que sea sospechoso?

—No sé.

—¿Cómo así? —frenó de comer y le hizo un gesto de reproche.

— No sé, lo siento, no sé cómo identificarlos.

Aranda sintió que su desayuno era una mierda.

— Ya no quiero más.

— Arriba están los niños, no me vayas a gritar.

— ...

Aranda pensó que ya no tenía caso. Volvió a pensar en Ibarra que a estas horas ya estaría en un carro rumbo a Cali, escoltado hasta el culo. Pensó que tal vez ni eso. Se levantó y miró por la ventana. Entonces lo vio: Un Peugeot X enfrente del Tesla Pacifista que él tenía en la vereda, alumbrándole, diciéndole Hola, estamos aquí, estamos aquí esperándote porque ya hace cinco minutos que te dieron la orden de irte para Cali.

— Si están.

— ¿Cómo lo sabes?

Aranda volvió a la mesa.

— Están afuera y me acaban de alumbrar las luces delanteras.

— Amor... — ella le puso la mano sobre la suya.

— ¿Está todo bien?

Y aunque Aranda tuvo ganas de llorar y decirle que la noche anterior confundió una eyaculación con la muerte, no fue lo que contestó, no porque no quiso, sino porque decir tanto le hubiera significado mucho más ahogo, muchísimo más del que sentía ahora, cuando las palabras se le

atragantaban, se le saturaban en la tráquea incluso más que los granos de arroz del desayuno.

— Yo no hice nada. — dijo.

15

Me dijo: No me interesa toda su vida. Y luego me ayudó a poner de pie. Después me tomó del brazo y me puso de vuelta en el asiento.

— ¿Si yo le hablo se detienen los pensamientos?

Yo estaba frío. Mi cuerpo sudaba como con resaca.

— No — le dije. — solo se van acumulando sus palabras a un costado de todo lo que yo le cuento, de cómo me fui caminando después de Puerres a...

Y entonces me lo repitió:

— No me interesa toda su vida.

Me dijo:

— Solo los años desde 1984 a 1990. ¿Qué hizo en esas fechas?

Y recordé mi pueblo frío y el galpón con cuyes de mi abuela. Y también vi entrar a mi papá a la casa para decirnos que nos íbamos a ir para Morales, trepados en la próxima chiva que de Pasto saliera para el Cauca. Dijo: Mijo, échese dos cuyes. Échese unas papas y unas habas y dejen de

llorar. Lloren después cuando la nostalgia ya no la aguanten. Cuando esta casa y esta neblina fría no esté ni en el horizonte, ni en nuestros recuerdos. Y recordé que lloraba. Y entonces me vi caminando de Puerres a Pasto y mi papá con dos cabras y las cabras con dos bultos nos arreaban a todos, a mi mamá y a mis tres hermanas y a mis dos hermanos menores que llevábamos también nuestros pesos y nuestros chiros y nuestros zapatos baratos hechos mierda.

— En 1984 vivía en Popayán. — le dije. — Allá vivía en una cachuza en un barrio que ahora llaman el Obando. Mi papá nos llevó para allá cuando en el 83 pasó el terremoto. Nos dijo que era el momento, que con el sacudón la ciudad se podía ocupar. Que con el sacudón ni la policía ni los dueños de la ciudad tenían forma de evitarlo. Y tuvo razón, porque se llenó de gente de otros lados, de pueblos vecinos y no tan vecinos, solo gente con ramas de roble y plástico que caminaban desde el Huila, el Putumayo, el Caquetá, el mismísimo Nariño. Y nos fue muy bien pa' que, porque mi papá era hábil constructor, el primero en montar pared, el que ayudó a tirar pala y azadón y que...

Y escuché como el médico se reía y le decía al otro:

— Quitémosle eso de la cara. Este pobre

desgraciado ha vivido más que todos nosotros.

Y el otro le obedeció. Se acercó a mí y me empezó a amarrar a la silla de la que no me han movido. Él solo me amarró. Yo aproveché para decirle otra vez que no me fueran a matar y él volvió a contestar: No preocupar, no preocupar. Después escuché como se alejaba y la puerta de la habitación se abría. Como sus zapatos se perdían del radar de mi oído.

—Le vamos a quitar eso. —me dijo el médico.
—Está hablando mucho y necesitamos algo en concreto. Ya no nos podemos demorar.

Primero fueron dos médicos que olían igual que el primero y que ahora lo acompañaban. Luego fueron los recuerdos desprendiéndose de mi cara, dejando al descubierto mi rostro como herida a la que le vuelan la caracha. Y mientras el prisma ocupaba todo cuanto miraba pensé: ¿1986-1990? Y entonces pasé de vivir en Popayán a subirme a un camión del ejército nacional para escapar de las palizas que me daba mi papá y me vi comiendo arroz con papa cocida y arroz con gallina hervida y plátanos ahogados en agua de río y pastas con atún y pollo con verduras y pastas con hogao y sardinas en tomate y también tomando quenopodio cada cierto tiempo y cagando aguado y limpiándome con las hojas de unas moras pequeñas, dulces y

deliciosas y echando pata con botas pantaneras y subiendo y bajando montaña y robando gallinas y huevos y cuyes y cochinitos y pericos y dando cachazos a campesinos y a campesinas y a los hijos de ambos y a indígenas y también a civiles corrientes, aunque no tantos, y disparando y disparando y disparando a guerrillos o lo que fuera y en medio de todo recordé a la niña de piel azulosa y el sancocho que nos hicimos después de *enterrarla* y de que cada uno fuera por su lado a hacerse una segunda paja para poder comer.

Ya sé que es lo que quieren.

16

Tal vez me apresuré en contactar, pensó Ibarra. Tal vez era después, cuando tuviera claro que era y para que servía ese anciano, pensó Ibarra. Pero ya no importa, ya solo queda seguir sonriéndole a ese hijueputa y seguir pareciendo despreocupado frente a mi compañero y ya. Ya todo se sabrá. ¿Esto en que nos beneficia?

Ibarra recorría Popayán mientras le daba vueltas a la información: Encontramos uno de los ancianos que las Fuerzas Armadas pusieron de repente como prioridad. La información era clara: Hay unos soldados del ejército que han pasado el

umbral de los 100 años. **Encontrarlos.** El anciano se había cambiado el nombre y no parecía tan viejo. Teníamos su expediente, pero en su nuevo nombre aparecía registrado como un hombre de 87 años. Igual 87 era mucha edad. Vivía en un sexto piso, en la zona comercial del barrio Obando, de Popayán. La casa era suya a excepción de los dos primeros pisos. La información la dio otro anciano que vivía en el quinto piso y que tenía ahí una librería. En el primer piso era un negocio de arroz paísa. En el segundo, amontonados en un apartamento, había varios negocios de cacharrería, celulares y bisutería. En el tercero, un bufete de abogados. En las paredes tenían títulos de la UC y la FU. Cuando les preguntamos por el señor del sexto piso solo nos dijeron que hablaba mucho y que inventaba mucho. También es bulloso, nos dijo el que parecía el líder de los abogados. En el cuarto piso fue extraño. En ese apartamento nos encontramos con una mujer y seis niños. Dijo ser la sobrina del anciano del sexto. Dijo no tener casi nada de relación con él y que hacía esfuerzos por evitarlo y hablarle poco. ¿Se metió en problemas con ustedes?, le preguntó a Aranda. Es probable que no, le contestó y ella pareció decepcionarse. Mientras íbamos subiendo al quinto piso Aranda mencionó lo extraños que eran los rostros de los

seis niños. Se fijó en especial en el hecho de que tres de ellos estaban sobre cunas, con sus rostros feos y sus cuerpos torcidos. Yo les pongo unos trece años, me dijo, son igualitos a ella. En el quinto piso volvimos a hablar con el anciano que nos dio la información. Tenía una librería de segunda mano. Su sala estaba copada de estantes de acero sobre los que tenía una buena cantidad. El resto estaban puestos sobre mesas de madera, sobre asientos, sobre carros de juguete que los cargaban. En todo el centro tenía una sala y enfrente de la sala dos celulares colocados en trípodes. Junto a una de las ventanas tenía dos drones, yo calculé que por ahí de la década de los 20's. Los uso para bajar los libros a los clientes, dijo, no quisiera venderlos, pero ya no tengo otra forma de comer. Yo me quedé pensando: ¿Se refiere a los drones o a los libros? Aranda fue al grano: Sí, sí, mi señor, pero de eso no vinimos a hablar, ¿sí o no? Así que, pues ¿está seguro de que el de arriba (y señaló el techo) es la persona que estamos buscando? Sabe usted que esto es delicado, ¿no? El anciano le pidió a Aranda que no hablara tan duro. Me duele hacer esto, porque nadie sabe lo de nadie, dijo, pero estoy seguro de que es él. Aranda le volvió a decir: Nosotros solo hemos hablado de esto con pocas personas, esparcido el rumor, usted me entiende,

pero con cautela. Aranda se metía en el papel de espía secreto. ¿Qué le ha dicho que lo haga creer eso? Entren a su casa y verán, dijo el anciano. La foto que ustedes le dieron a doña Lucia, la del supermercado... Ella fue la que me dijo que uno de esos soldados se parecía mucho al vecino. ¿Se refiere a esta foto? Aranda le acercó una foto que sacó del bolsillo. El anciano la analizó por unos segundos. Sí, dijo, mire, este es. Él se siente orgulloso de su pasado militar. De eso es que se la pasa gritando. Aranda se mostró incrédulo, buscando intimidarlo. Luego vio que el dedo del anciano apuntaba a una cara en específico. Dijo dizque: Y últimamente le escucho decir que una vez se salvó de morir, que un narco lo quería matar. Nos emocionamos. Humanos que han pasado el umbral del siglo. ¿Cómo era posible? ¿Por qué el gobierno se empeña en encontrarlos? ¿Por qué Arboleda la quiere? ¿Seremos tan afortunados? (...) ¿De qué se ríen?, preguntó el librero. El mismo narco que les tomó esa foto, le dije. El anciano se asustó.

Ibarra tomó la avenida, que lo escupió hacia la salida a Nariño, hacia donde le gustaba conducir cuando repasaba la información que acumulaba: Cuando estuvimos en la puerta del sexto piso nos detuvimos antes de timbrar. Le dije a Aranda

que lo tratáramos con mucho respeto, para que se relajara y se dejara ir. No te preocupés, Ibarra, me dijo, tal vez nos caiga hasta bien, ese viejito de los libros es zurdo, se le nota. Fue fácil subirlo a la patrulla. Cuando entramos a su casa empezó a hablarnos del ejército y de lo orgulloso que se sentía de pertenecer a las reservas y nos mostró una medalla militar que se ganó durante la última guerra en que participó. Se sentía cómodo con nuestra presencia. Yo soy un patriota, nos dijo. Era verdad lo de hablador. Parecía que el vernos uniformados le estimulaba la retórica. ¿Se sentía orgulloso de nosotros? No paraba de preguntarnos en que nos podía ayudar, para que era bueno. Y entonces de repente lo mencionó: Yo he participado en varias operaciones. Cuando presté servicio estuve en Cauca, Putumayo, Boyacá. La palabra Boyacá se me quedó clavada en la mente. Aranda se volteó y me hizo un gesto. ¿Eso de allá es donde hubo algo que era algo así como que... las guerras verdes?, le pregunté. Y él muy idiota me responde, feliz: Sí, así es, así es. Vivíamos en el monte, dijo sacando pecho. Allá vi el negocio de la coca crecer y estabilizarse y las esmeraldas adornar las uñas de los chandosos.

¿Qué sentido tiene esto?, se preguntó Ibarra. ¿Cómo es que este anciano no empezó

a convertirse en alguien senil a los sesenta y cinco años como cualquier mortal?, se preguntó Ibarra. Ya qué. Luego supimos que no se llamaba Hernán, sino Segundo. Luego supimos que tenía ciento veintitrés años, ¡una barbaridad! Luego supimos que lo que le habíamos puesto al subirlo en la patrulla y sacarlo del Obando y tirarlo a las manos de Arboleda era una baba extraña que no solo parecía tener una función mnemotécnica... sino estar viva. ¡Esa mierda estaba viva!, lo sé, pensó Ibarra. Por eso contacté. Los gringos están llevando la ventaja. ¿Qué tiene que ver todo esto con Eris? ¿Qué pasará con nosotros?

17

Los tres se miraron entre sí, sorprendidos que al quitarle la baba su piel quedara como si sufriera una grave quemadura, sus huesos a la vista, sus músculos y grasa escurridos, sus ojos gigantes.

— Esto ya ni siquiera es nivel 3, ¿no? — dijo uno en alemán.

— Es fascinante, fascinante. — dijo el otro en inglés.

Luego uno de ellos se animó y tomó la baba de donde la habían dejado, puesta sobre un recipiente metálico, y se la llevaron a una clase de arenero

para gatos. El medico tiró la baba con desprecio y esta se movió sobre el arenero, incorporándose, poniéndose de nuevo patas arriba, pareciendo mascar, mascar, mascar.

— Los putos Dorgons están locos.

— Es eso o que esas pieles tuyas son resistentes. No hay que olvidarlo: Esto es la vanguardia en tecnología y ciencia. Significa que las maquinas que están vivas son más eficaces.

— Ya sé lo que quieren — les dijo el B-36, n° 3, interrumpiéndolos.

Uno de ellos volvió a mirar al arenero.

— Lo que quieres es saber qué pasó con la niña de piel azul, ¿no?

Y los médicos se le acercaron al señor 3 para escucharlo más de cerca. Para escucharlo y para ver sorprendidos como los mismos nano-robots que ya habían visto aparecer en otros B-36, le ayudaban a este en tiempo récord a reconstruir los labios.

— ¡Cállese! — gritó el que habló en alemán, en un español rustico, pero imponente.

El Sr 3 obedeció. Su rostro siguió su recuperación. Ahora si parecía una quemadura nivel 3 y ahí se mantendría.

— Es fascinante, definitivamente esto es el futuro.

El médico que lo atendió al principio le dijo:

—Ok, Sr. 3. Así es, es exactamente de eso de lo que queremos saber...

—¿Recuerdas a Ovidio Camayo, a José Velilla, a Heriberto Flor a...?

—Ja. — dijo el Sr 3.

Los médicos fueron testigos de cómo los ojos gigantes los enfocaban.

—¿Qué me hicieron? Ahora me acuerdo de todo.

—Le pusimos un animal en la cabeza.

—¿Y con mis otros compañeros no funcionó?

—No.

—¿Por qué?

—No tenían sus cuerpos en las condiciones que lo tiene usted. Usted tenía 16 años cuando estuvo en el ejército, ¿no es así?

El Sr. 3 pudo esbozar una sonrisa, una media hecha de glóbulos rojos que parecían treparse en su cara como millones de ácaros.

—17. —les dijo. —Así que eso es, eso es... ¿Así que esa es la razón por la que sigo envejeciendo y no me muero?

Es verdad, no sé dónde estoy. Ni antes ni ahora, ni después lo sabré. Nunca sabré. Yo, que sobreviví a tantas, ya sé que pasará. ¡Qué vergüenza suplicar! Deslices de la edad. Pero ahora será distinto. Ahora me acordaré hasta el final. Todo recordaré. ¿Qué hay en esta habitación? ¿Qué es eso que mis ojos han empezado a enfocar? ¿Es mi cerebro cansado de manchas de colores buscando reconstruir las formas?

—Ya sé que es lo que quieren— les dije. — Quieren saber qué pasó con la niña de piel azul, ¿no?

Uno de los médicos me mandó a callar en un español feo y yo guardé silencio. Fue para mi bien. Empecé a sentir como el calor de mi cara se reducía. Uno de ellos no dejaba de celebrar. Supe que tenía que actuar. Me hablaban, pero no me importó. Supe que debía ganar respeto. Hice esfuerzos por mover mis ojos hacia su dirección. Luego les dije: Que me hicieron. Ahora me acuerdo de todo. Y los hijos de la grandísima puta, estos malparidos perros, me contestaron dizque: le pusimos un animal. Pensé: Que maravilla, como han evolucionado las técnicas.

A mediados de 1988 Lucho Herrera recorrió el país trepado en una bicicleta y logró ganar la Vuelta a Colombia por cuarta vez. Del 8 al 19 de junio, Herrera demostró por qué era no solo el mejor prospecto nacional, sino, quizá y si lo apuraban, el mejor prospecto de toda Sudamérica. Reafirmaba así que lo del año anterior, en España, no fue cuestión de azar ni ninguna pendejada. Y advertía, desde el pódium, que tenía las piernas para competir, unas semanas después, en el tour de Francia. El cundinamarqués del equipo Café de Colombia se coronó campeón con un tiempo de 37 horas y cuarto. Día importante: 19 de junio. Esa misma noche dos mineros caminaban por una destapada que llevaba a una montaña llamada La Rica (madre de las mejores esmeraldas de la región) y donde estaban también, en una meseta, sus cambuches, sus chiros y sus cocas. Iban borrachos. Escuchaban música en un radio de pila, pequeñito y amarillento. Desde aquí ya oigo ladrar los perros, le dijo este. Acá abajo aún no se escucha nada, le contestó aquel. Y siguieron caminando por un camino no muy distinto del que abajo estaba, atravesado por un riachuelo que parecía mascar, limpiar, escupir,

mascar, limpiar, escupir, pero con fuerza, con fuerza y ahínco, saliendo de la boca o más bien del ombligo de La Rica, que era rica incluso en la fuerza de su escupitajo de agua. Falta todavía mucho para llegar, dijo este. Pero ya se escuchan, le contestó aquel. Y sí que se escuchaban. En la radio se interrumpió la música y un locutor con la voz empastada les recordó lo que los había hecho emborrachar: Lucho Herrera se había ganado la vuelta Colombia. Ese indio es un berraco, ole. Y bebieron de la botella. Fue entonces cuando el cielo se llenó de una luz muy potente, como si una camioneta los alumbrara desde arriba y este y aquel pudieron verla caer en picada, entre las montañas, detrás de La Rica y los cambuches. Hijueputa, dijo este. Malparida vida, ¿eso que es?, dijo aquel. Ambos corrieron. La camioneta los había pasmado y ahora solo querían saber qué putas era eso que les voló encima, como una chiva⁴ cayendo al vacío. Llegaron a un plano que había en la espalda de La Rica y desde ahí notaron que la camioneta se había enchocado⁵ en una de las minas. Se fue pal hueco, dijo este. Eso allá abajo es fácil de llegar, contestó aquel. Los perros, de nuevo, se alejaban de sus oídos. Los mineros,

⁴ Camiones de carga personalizados en Colombia.

⁵ Caer con exactitud.

enérgicos, haciendo uso de la vitalidad de su juventud, se acercaban más. Cuando llegaron a la entrada se dieron cuenta que la camioneta no se había estrellado, sino que parecía parqueada en el interior. Mucho piloto, dijo este. ¿Pero cómo frenó antes de estampillarse?, preguntó aquel. Ambos alumbraron hacia el hueco y notaron al fondo algo que ya no parecía una camioneta, sino más bien una clase de microbús o una avioneta o algo así. Avisémosle al patrón, dijo este. Ya va, ya va, pero vamos a ver primero que es, contestó aquel. Y así se abrieron pasó por la mina, acercándose a eso, cuando escucharon que afuera se parquearon carros. Unas luces los enceguecieron. Incluso aquel dio media vuelta y empezó a seguir las linternas como si fuera un insecto. ¿Y qué es lo que pasa aquí?, les gritó desde la entrada uno de los guardaespaldas del Patrón. Señor, que acá cayó un carro, parece, le contestó este. Sí, señor, que acá mismo está y parece una lancha a motor, pero con aletas, le contestó aquel. Entonces, de entre las luces de los carros que alumbraban a la boca de la mina, emergieron tres sombras, sombras con eco que llegaba hasta los mineros y se acercaban. Cuando los tuvieron enfrente bajaron la cabeza. Eran el Patrón, don Gonzalo Rodríguez Gacha, y dos de sus lugartenientes. ¿Desde donde ustedes

vieron eso de ahí?, les preguntó el Patrón. Desde La Rica, Patrón, le contestó este, buscando en el piso las botas de su compinche. Desde atrás de La Rica, de donde veníamos bajando a dormir, Patrón, le contestó aquel haciendo igual. Pues esto a mi si se me hizo muy raro, más viendo que eso viene cayendo desde allá desde la finca, les dijo el Patrón. Y luego se dirigió a sus dos muchachos: Vayan revisen a ver. Estos no se mostraron muy convencidos. Llame a los que están en la camioneta, Patrón, le dijo uno que ya también alumbraba hacia el fondo. Y él, consiente de la particularidad de la situación, pensó que era buena idea. ¡Chilina, Perico! ¡vengan a ver!, les gritó. Al poco rato, dos sombras aparecieron a su lado. Fue ahí cuando la puerta de la avioneta se abrió. Gonzalo Rodríguez Gacha nunca olvidaría el aspecto del humano que en ese momento emergió. Uno de los mineros pegó un grito y el Patrón, que hubiese querido hacer lo mismo, levantó el arma, que todo este tiempo tuvo en la mano, y le disparó en repetidas ocasiones. El humano azul entonces miró a los sicarios y estos le apuntaron. El ser azul se volvió a meter dentro de la avioneta. ¡Patrón, Patrón!, ¡Suba!, le dijo uno de los sicarios que, aunque intentó disparar, no tuvo fuerza para apretar el gatillo. Los lugartenientes

del Patrón ya estaban a su lado, halándolo. ¡Cálmense, cálmense!, les dijo él. ¡Esperen! Si le llegan a disparar les pego un pepazo. El otro minero estaba en shock. Su compañero tirado sobre el piso. Él, sentado a los pies del Patrón, lo miraba. Se orinó y no pudo suplicar por su vida. Tal vez incluso agradeció borrar aquella imagen deforme y alargada. ¿Qué era eso, Patrón?, fue lo último que escuchó el minero. Rodríguez Gacha le apuntó y lo ultimó. Estos dos sabían mucho, les dijo el Patrón a sus hombres. Luego todos se quedaron en silencio. El corazón de Rodríguez Gacha palpitaba desesperado. Él también lo había visto. Sus sicarios y lugartenientes, que temblaban, también. Debía actuar. Respiró profundo y dio un paso adelante. Parecía solo en la mina. ¿Y entonces que fue eso?, dijo Rodríguez Gacha, como para sí. Háganse pa' atrás. Los sicarios obedecieron. Abra, abra, que ya nada se le va a hacer. Salga, salga que busté porque es así, dijo dándole golpecitos a la avioneta.

—Así fue como encontraron al papá y a la niña —les dije.

Ibarra pensó en la baba y recordó una película que veía mucho de niño con su hermano mayor: Los hombres de negro. Recordó que en algún momento un hombre en apariencia alto en realidad resultaba ser un grupo de enanos idénticos que volaban sobre pequeñas navecitas. Mientras pasaba por La Gran Cocina, una serie de casas abandonadas donde se acumulan los indigentes y las estufas y los sartenes sobre las que se cocinan las drogas, se preguntó qué era lo que estaba pasando en Eris como para que cada vez más, en la última década, la tecnología haya avanzado tanto. ¿Por qué si todo avanza la ciudad está cada vez peor? Unos viven en la calle y otros están a unos cuantos pesos de estar igual. Somos pocos los que en realidad logramos sobrevivir.

Llegó hasta un mirador desde el que apreció la ciudad. Debajo de él, La Gran Cocina, fundada durante la década de los 30's y que era el último vestigio de lo que en su momento fuera un cartel de droga transnacional muy poderoso, se veía humeante y cochina, como siempre, como siempre casas de varios pisos, llenas de recicladores y bazuqueros y cambuches de cualquier cosa y perros y gatos y ratas, todos animales flacos y

con la esperanza de vida efímera. Nada ni en los platos, ni en las canecas, solo escombros. Nada bueno en la carne de los animales sin importar su edad. Nada en las paredes grafitiadas. Nada que ver ni arreglar.

Vio a algunos compañeros patrullando la zona, esperando en un semáforo o parqueados en esquinas tomando gaseosa. Los siguió por un rato. Ajustó sus binoculares. Unos parecían estar en completa armonía con los otros, incluso el tráfico entraba y salía de La Gran Cocina con total normalidad. Ibarra siempre sintió vértigo cuando pensaba en el precio que pagó Popayán para crecer. Él se crio temiendo este lugar. Por él quiso hacerse policía y luego se interesó por el ERP. Exploró calle por calle de esa gran olla. La ropa tendida en los seis bloques de edificios que son el centro de La Gran Cocina, los parques con sus juegos y pasamanos repletos de casonas de cartón y chozas de plástico y cambuches de costalillo, las busetas municipales que se apilan oxidadas en lo que antes fuera una cancha de fútbol. Allá también hay drogadictos, dijo Ibarra. Desde acá los veo.

Luego recordó lo que le contaron de la fundación de la olla. Cómo durante mucho tiempo fue un conjunto de barrios hermosos y

de tiendas, discotecas y locales. Cómo durante la guerra fue vital para detener la rebelión. Cómo fue desde ahí que salió el apoyo paramilitar que logró la reconquista de la URI y del Batallón. La Gran Olla era solo un supermercado de la droga que con el tiempo se fue llenando cada vez más y más de los que ahora eran sus habitantes y sus obreros y sus mejores clientes y a los cuales les regalaron estos barrios, con su ruido y sus disfrutes, incluso subiéndolos a camiones para venirlos a tirar. Se metió las manos a los bolsillos y sacó un chicle. Mientras mascaba, saltó de La Gran Cocina a la zona comercial del Obando, una zona comercial larguísima que llegaba hasta más allá del puente de Chune. Una clase de Pasarela Comercial Espectacular, con luces y parlantes y letreros gigantes trepados en edificios de 6 a 12 pisos, con todo tipo de locales y negocios, hacia donde precisamente se escupía el tráfico. Tengo un mal presentimiento, dijo para sí. Sintió ganas de correr. Escuchó un carro llegar.

21

Uno y Tres estaban encargados de espiar a Aranda. Dos y Cuatro estaban encargados de Ibarra. Cinco y Seis eran los escoltas de Arboleda.

Dos y Cuatro siempre estuvieron muy interesados en que Ibarra hablara tanto con su casa. Cuando lo seguían a centros comerciales o a sus aburridos partidos de futbol, Dos le decía a Cuatro que ese hijueputa porque le tenía que hablar a la casa como si fuera su familia. Es verdad, decía Cuatro, fumando tranquilo, aprovechando que era el copiloto y podía beber whisky de una pequeña poma, es verdad, ese man incluso ha hecho que la casa tenga tipos de voces. ¿Qué significa eso?

—Tres me ha contado que en cambio el otro se la pasa con mujeres, yendo de un lado a otro. A veces golpea a la mujer, creo.

—No, Uno me dijo que en realidad la grita y ella se calma. —Se río Cuatro.

Nunca habían visto nada extraño, a excepción que la casa de Ibarra hablaba mucho con él.

—¿Es una forma de blindarse, tal vez? La casa podría decirle que estuvimos ahí, comunicarle por medio de la cama o la ventana o la nevera que hace un rato vio parqueados a dos sujetos fuera de su casa.

—¿Y podría entonces saber desde hace tiempo que lo estamos vigilando?

—Cuando investigué, descubrí que es una IA especial que es exclusivamente para facilitar los procesos de conexión neurológica al Faceb-

Verse. Aunque también es legal lo que hizo de dejarla alrededor de la casa. Incluso eso facilita la sincronización... Es casi una AGI. Estoy seguro de que podría decirle algo en cualquier momento.

Igual no les importaba. Eran solo películas en su cabeza. De todas maneras, ahí seguían, encima de él, camuflados en medio de todo, preguntando cuando él preguntaba, andando uno adelante, el otro detrás, la sombra de la sombra. El coronel había sido claro: Ellos rastrean, ustedes los siguen. Fue muy claro: Estoy seguro que uno de los dos es sapo, averigüen cual.

Ellos siempre sospecharon de Ibarra. Nunca les dio buena espina que no tenía familia, ni conocidos, ni amigos, ni nada, solo prepagos que ocasionalmente llevaba a la casa y que también hablaban con ella. Siempre dudas. En el fondo, la intuición es una habilidad que se adquiere con los años, si se pule, habla solo con gestos, con movimientos, con formas de hacer. La intuición anticipa o convence, no necesita pruebas. Ellos estaban seguros de que Ibarra olía mal. Y ese era el olor que rastreaban. Algo que diera sentido a la rutina monótona. Una en la que salía de su casa y recorría la ciudad hasta un mirador por la salida de Lomas de Granada. Una vez ahí, se ponía con binoculares a ver hacia La Gran Cocina o hacia el

Obando o hacia las galerías o hacia el cementerio que desde ahí también se observaban.

Pero el día llegó.

Cuando Dos llegó al semáforo notó que Ibarra bajó la ventana y llamó a un niño que hacia un show circense. Detrás de él, un hombre parado en manos, jugaba con una escalera de acero. Dos le mandó una alerta a Cuatro. Cuatro le respondió qué pasó. Pónele cuidado ese poco de billetes que le pasó al niño, dijo Dos. No alcanzo a ver, contestó Cuatro. Dos dejó de hablar y se dedicó solo a prestar atención: Cómo el semáforo por fin pasaba a verde e Ibarra seguía, cómo el niño quedó pensativo, tocándose el bolsillo cuántico en el que parecía guardar más que esos billetes y las pelotas de su show.

—Es raro. —le dijo Dos.

—¿Te parece realmente? —contestó Cuatro, seguro de que si el diablo llama es por algo. — ¿Qué hacemos?

Por un rato los dos siguieron el camino ya memorizado. Ibarra conduciendo tranquilo al mismo sitio. Ellos atrás, pasando entre la chorrera de gente que se escupía desde La Esmeralda hacia el Obando, pasando por Tomás Cipriano donde se empezaba a subir.

De repente Cuatro se comunicó.

—Devolvámonos, quitémosle los billetes al niño. Eso no deja de parecerme sospechoso, le pasó tres hijueputas billetes de 500 mil.

Dos no protestó. Cogieron la rotonda y se devolvieron. Empezaron a planear.

—¿Deberíamos de llevárnoslos?

—Solo acerquémonos a hablar, puede que sea fácil.

—Creo que es lo mejor. Pero ¿Y si no?

—No deberíamos llevar adelante un operativo en público, menos en esa calle tan concurrida. Pero debemos estar preparados por si toca actuar.

—¿Pero entonces que hacemos? ¿Qué pasa si se resisten?

—Lo mejor sería matar al grande y dejar al pequeño.

—Tenemos que dejar uno de los carros en el semáforo.

—...

—Si el niño es del ERP sabemos que no será fácil.

—Son como cucarachas, no se sabe de dónde saldrán.

Así fue como dieron media vuelta y circularon por el elevado que los lanzó a un pequeño centro comercial llamado Campanario. Cuando estuvieron cerca, por la doble calzada del río

Cauca, Dos y Cuatro hicieron una fila. El que iba delante se encargó de comprobar la posición de sus objetivos. El hombre y el niño se estaban yendo.

—Se van. —masculó Dos.

Aceleraron un poco. Comprobaron las armas que tenían en el cinto y las pantorrillas y los cuchillos de las costillas. El carro que tirarían a un costado sería el de Cuatro. Él sería el primero en bajarse y acercarse a los objetivos. Dos daría la vuelta. Cuando Dos abriera la puerta actuarían. El operativo no demoró más de cinco minutos. Cuatro tiró su carro hacia el humedal, justo entre los semáforos y el valle. Se bajó del carro y se acercó con cuidado a los objetivos. Una requisa, les iba a decir. Nada más, les iba a decir.

22

En redes sociales se viralizó un video donde se ve la gran avenida del tablazo, los edificios al fondo, el río Cauca, negro, fangoso y prudente en una esquina. En la escena se ve dos carros Chevrolet acercarse hasta el semáforo del costado izquierdo de la carretera. Uno sigue su camino, mientras el otro se aorilla. Del primer Chevrolet se baja un hombre y atraviesa la avenida. El

segundo Chevrolet da la vuelta. Ahora aparecen en escena: un Chevrolet del lado derecho, un hombre atravesándose un carril, otro hombre y un niño que trabajan en el semáforo y parecen irse. Los últimos son los objetivos de los primeros. Por supuesto, también hay más carros, más gente dentro de los carros, pero ellos están en segundo plano. En el video se aprecia como el niño parece incomodo con el hombre que se acerca. Hace un movimiento brusco. El hombre cambia su actitud y saca un arma. Parece pedirle que se detenga. El Chevrolet abre una de sus puertas. El hombre que trabaja en el semáforo parece confundido. El niño, por el contrario, no pierde tiempo y saca de un bolsillo una gran plataforma metálica que pone entre ellos y los extraños. En contados segundos, el hombre con el arma tira hacia atrás y saca un cuchillo. Salta sobre la plataforma y esta se empieza a derretir como mantequilla. Del otro Chevrolet se ha bajado un hombre más, que empieza a rodear la plataforma metálica. En ese momento se ve al niño y el hombre del semáforo correr, alejarse hacia el río Cauca. El adulto es impactado por una bala del hombre del Chevrolet. El niño se detiene, ve el cuerpo herido y empieza a dispararle a los hombres. Algunas personas salen de sus carros y corren en vía contraria al tiroteo o se

tiran al piso. Pese a la confusión, los dos hombres parecen expertos. No pierden de vista al niño. Lo rodean por caminos contrarios. El niño no sabe hacia donde disparar. De izquierda y derecha vienen el uno y el dos. Intenta ir hacia atrás, pero los disparos lo devuelven a su trinchera. El niño decide entregarse. Suelta el arma y levanta las manos. El primer hombre le pega la cabeza contra el capó de uno de los carros. Luego cae al suelo y le dispara: Uno, dos tiros en una pierna. El niño se contorsiona en el piso. El hombre del Chevrolet vuelve a él. Ya hay en el suelo un muerto. Hay un niño que es subido a un carro con notorio dolor. Se ve el carro alejarse.

23

Fue así como pasó. Fue entonces cuando nos llamaron. Cuando nos buscaron para que lleváramos a esos dos hasta un campamento. Rodríguez Gacha quiso fue negociar. Los extraditables no serían extraditados si entregaban un extraterrestre, eso le dijo a mi sargento. Y mi sargento entró a una carpa conectada con la boca de una mina y observó una cama de hospital al lado de una licuadora gigante y sobre ella a un mico deforme. Mientras íbamos monte adentro él nos

decía: Estaba acostado sobre la cama, conectado a mangueras que le bombeaban medicamentos y se lo veía mal. Y aunque se suponía que nos íbamos a llevar a los dos, solo trepamos montaña con uno, con una, con la niña azul, la mujercita de, yo le pongo 1,70 centímetros, a la que parecía que el clima de Boyacá le afectaba mucho. No es el clima, sino la gravedad, bestias, nos corregía mi sargento Molina.

El campamento al que fuimos era del ejercito privado de Rodríguez Gacha y los demás de Medellín. Así les dije. Y ellos guardaron silencio. Quise decir algo más, pero me interrumpieron. Lo sabemos, sabemos cómo pasó todo. Tenemos *la foto*. Yo sonreí. Nos la tomó antes de salir para allá, les dije. Dijo que, si llegábamos a fallar, con eso tendría para arreglarnos (y vea). Le aclaró a mi sargento que si era necesario debíamos cargarla, si presentaba una dificultad nosotros la debíamos ayudar, solo nosotros debíamos trabajar. Dijo que sí, que seguíamos siendo soldados del Estado, pero sin olvidar nuestras funciones para con él, con él y con ella, con él y con Pablo, con él y con los hermanos tal, con él y con etcétera, que si ella sentía incomodidad o frío se le debían prestar las mayores atenciones, que sí, esfuércense, pero no mucho, no mucho, para mantener la carne blanda,

así nos dijo, para mantener la carne blanda, por si a ella se le llegaba a antojar.

En donde estábamos pasamos semanas. El único que salió en ese tiempo fue mi sargento Molina, todo limpio él, todo arreglado a subirse a un helicóptero. Nosotros no. A nosotros nos tocó fue quedarnos ahí entrenando y vigilando y cuidando a la niña a la que le habían acomodado una habitación especial y a la que parecía gustarle mucho la gallina. Le llevaban muchas gallinas, les dije. ¿Gallinas? Preguntó uno de los médicos. Sí, señor, así mismo, cocinadas al vapor o con guiso encima o con alguna salsa de un fruto rojo o en sancocho o en sopa de verduras o en lo que fuera, pero gallinas.

—¿Y es que solo había eso para ofrecerle?

—No le gustaba nada más —contesté.

—¿Cómo así? —preguntó otro.

—Ahí los dejaba —respondí.

—¿Comía vaca?

—No.

—¿Comía cerdo?

—No.

—¿comía cabra, conejo o algún roedor o marsupial?

—No. No. Solo aves y reptiles— les conté, cayendo en cuenta. —Solo gallinas... sí. Gallinas

en cantidades absurdas, sino cualquier otro pájaro o reptil.

Los médicos no dijeron nada.

24

La noche anterior Uno y Tres comentaron sobre el recorrido de Aranda. El patrullero saliendo de la Metropolitana, manejando hasta el Distrito de Piendamó, encontrándose con una mujer, saliendo apresurado del lugar. Mientras uno escribía en un computador, el otro manejaba con calma rumbo a la casa de su vigilado.

—Eso es que ese pobre hijueputa mantiene asustado, paranoico.

—Podría ser una opción.

—La vieja es una más. Aunque pillá —dijo Tres y le volteó la pantalla. — La vieja tiene una prótesis en la mano. Se la pusieron los chinos. Sus citas médicas se demoran mucho. Es una paciente muy insistente...

—Esa perra hijueputa. —dijo Uno riéndose. —No sabe que esos médicos de estrato bajo no saben ni en que cantidades es que se debe tomar el acetaminofén.

¿Eso era todo?

—Sí, no es más.

—Eso es muy obvio. Debe ser que la vieja quiere que la meta al seguro de nosotros. Tal vez el Aranda se ofendió.

De todas maneras, los hechos posteriores hicieron que Uno y Tres salieran para la casa de Aranda y estuvieran alertas. Una vez afuera, mientras veían el Tesla Pacifista parqueado en el andén y alrededor de la casa, una docena de casas iguales, los espías mencionaron que a veces ellos mismos tenían miedo de quedarse dormidos frente a una llamada del coronel. Incluso guardaron la esperanza de que Aranda despertara. Pero no lo hizo. Se esperaron a que saliera, pero nunca lo hizo. El Mayor empezó a llamarlo, el mismísimo coronel Arboleda llamándolo y él nada. Pero sabían que estaba adentro.

—Si quiere vamos y tocamos la puerta, mi Mayor. —dijo Uno.

—No, no. —Le contestó Arboleda. —La demora me ayuda a decidir.

Cuando el Mayor Arboleda dictó una sentencia, vieron luces encenderse en la casa y una silueta femenina moverse por el interior. Al poco rato Aranda se asomó a la ventana y ellos alumbraron con las bombillas delanteras del carro.

—Pobrecito, nos toca llevárnoslo.

—Este es inocente, ¿no?

—Pareciera que si...

La intuición de que debía escapar lo invadió. Ibarra se llevó la mano al cinto. No hagás movimientos bruscos, que Cuatro anda nervioso, le dijo Dos. Ibarra pensó: ¿Cómo me descubrieron? ¿Qué pasó? Temió lo peor. No demoraron en llegar frente al carro de los espías. Ibarra quiso seguir de largo, pareciendo despreocupado, solo una visita de protocolo, ellos en su carro y yo en el mío, ellos acá y yo allá, con una oportunidad, un hueco, un momento para pensar. No, súbite con nosotros, revisá lo que tenemos atrás, dijo Dos. Ibarra los miró a ambos y luego se quedó detallando su reflejo en el espejo blindado. Abrió la puerta y vio acostado y amarrado al niño del semáforo.

—¿Quién es este niño? —les dijo, sabiendo que debía acabar con ellos cuanto antes.

—Vos lo sabés bien, marica. —le dijo Dos, mientras desenfundaba su arma y le señalaba unos billetes que tenía en el bolsillo de la camiseta —Si no vas con nosotros por las buenas, igual lo harás por las malas.

—Je. —le dijo Cuatro. —y mataremos al niño antes de irnos.

En el reflejo del blindado se ve a dos hombres en ropa de trabajo, un blujean sucio y una camiseta

polo. En cada una de sus manos hay un arma. En cada una de sus caras hay unas gafas negras. Ellos esperan a que el otro hombre, uniformado de policía, deje de analizar lo que se encontró en el interior del carro. Dos hombres esperan que otro tome una decisión.

Está bien, dijo Ibarra, sopesando lo que ya le habían enseñado en las largas tertulias del ERP, que, en realidad, así debía ser, así es como se debía pensar, que la generación más joven era la más importante, al menos la más noble, la más sabia, la más capacitada para enfrentar el futuro y por lo tanto la que a la hora del combate más se debía priorizar. Los niños son la verdadera oportunidad de hacerlo bien, le habían dicho. El frasco en el que guardar la esperanza. Son ellos los que llegaran más sanos a esa utopía abstracta de tener un pedazo de tierra donde nos crezca comida y haya agua para beber y animales para criar y para comer y para adoptar y una cultura en la que conocerse y pensarse a sí mismos y a los otros y leerse. Aquel sueño despojado que reposa en un sitio más allá de la tiniebla a donde los perros no dejan que nadie se acerque con sus chiros y su hambre y sus pecuecudas patas. Pero, aunque reciban las sobras y con ellas se conformen, un día todo terminará, le dijo una vez la mujer que amó

frente a una fogata de llantas en la que creyó en el ERP. Una llamarada de rebeldía que iluminaba las montañas encendidas y los saltimbanquis con sus trapos y los robocots con sus uniformes y el humo de los gases y las molotov y los rostros del batalloncito de niños que él y ella cuidaban para que descansaran sus pulmones del gas.

Estos hijueputas me descubrieron muy fácil, pensó Ibarra, soy un maricón. Cerró la puerta del carro. Les preguntó a los espías que necesitaban que hiciera para que no lo tocaran a él. Ellos se alegraron y en el reflejo de las ventanas se los vio pedir el arma del policía y el celular del policía.

— ¿Está herido? — les dijo Ibarra.

— No, no lo está realmente. — contestó Dos.

— ¿Cómo lo durmieron?

— Lo de siempre, óxido nitroso.

— ¿A mí también me dormirán?

— No.

Dos se quita las gafas: No, no, Cuatro irá atrás con vos y ya. En la ventana se ve a Dos levantar el brazo y dispararle a Ibarra en las piernas. Luego el espía se acerca al policía, cada vez menos policía, degradación de policía, escoria de policía, sapo, traidor.

— Con el niño usamos un arma que nos dio el coronel. — Dijo tranquilo. Ibarra soportaba el

dolor—Aquí tenemos el antídoto que hace que ese dolor desaparezca. —Y le mostró una pistolita de acero con una gran aguja. —El asunto es que a vos también te acabamos de disparar con esa arma. Decime, sapo hijueputa, ¿se la aplicamos al niño o te la aplicamos a vos?

26

Al menos lo que era yo no dejaba de pensar en esa hembra. Era un animal extrañísimo, que casi era como nosotros. Un cuerpo puberto, enorme en su proporción, que nos hacía ver como monitos. Un cuerpo grande y débil que sobrevivía conectado a una manguera. La recuerdo bien, claro. Dedos largos, contextura delgada, cráneo en forma de luna menguante, una caja torácica que se expande y emite un sonido que recuerda a los saurios o a las hienas. Nosotros nos sabíamos el chisme, obvio. Era un primate, como nosotros, un espejo deformado de nosotros, pero sabíamos que era un extraterrestre. Incluso alguno de mis lanzas tuvo que decirles algo, ¿no? Y ellos dizque: Sí, sí, algo sabemos, de algo estamos enterados, pero por retazos, fragmentos mal contados, chismes, como usted los llama, información naufragando en los ríos de la memoria. Y yo

dizque: Ahí está. Y ellos: Pero cuente más. Y yo: Mi sargento Molina fue un malparido sapo. En este país todos somos sapos. Aquí alguien busca información y aquí alguien la tiene. Yo mismo soy uno ahora, ¿no? Y ellos: No, no señor, usted es un valioso soldado de la patria que nos está ayudando a reconstruir lo que pasó en aquella exploración de los Dorgons. Que va a pasar, hombre, les dije. Si yo no tengo mucho más que los demás. Si yo soy una piltrafa en todo esto. El último por ser el menor. Eso fue lo que pasó. Lo que pasó fue que la tuvimos ahí hasta que una madrugada el sargento Molina nos despertó, pero no como siempre lo hacía, a gritos y dando órdenes y pegando patadas a media fuerza, sino susurrante, tranquilito, como si fuéramos su pequeña hija que debe despertarse para ir a la escuelita, un hombrecito manso y amoroso que nos dijo levántense a ver, hijueputicas, mientras nos daba palmadas en la cabeza, unas palmaditas tiernas que casi parecían caricias sobre nuestros cueros. Y por supuesto nosotros, viviendo nuestro papel, respondiendo a su arrullo, tuvimos aun tiempo de desperezarnos y quitarnos las lagañas, zangorotear los ojos e ir abriéndolos apenas sí, apenas lo necesario para verlo a él, parado frente a todos, frente a los quince, parado esperando que

estuviéramos listos para la acción. Y es que no fue sino verlo, no más bastó con que aquella sombra tierna se nos convirtiera en el sargento Molina, para saltar de la cama y pararnos derechos y saludarlo con respeto y decirle sí señor, buenas madrugadas señor, sí señor, para qué es que somos buenos señor, y él, haciéndonos chito con la boca, nos decía que nos quedáramos callados, maricones, hijueputas bobos, qué derechos sí, qué en línea recta sí, pero en silencio, que era hora de llevar a cabo una nueva misión. Y eso fue como mentarnos la madre, les juro. Fue como si nos hubiera insultado, porque nos hirvió la sangre y dijimos listo, dijimos claro, dijimos obvio sargento ni que estuviéramos bravos, pensamos o dijimos, ya no recuerdo. Y el sargento Molina nos dijo a ver tres grupos y tres fue que le formamos. Esa fue la noche que hicimos la masacre de La Perra. (¡Ja!) Noche no, madrugada. Esa fue. El sargento nos dijo de una: Lo que van a hacer es ir cambuche por cambuche encargándose de los hombres y las cocineras y hasta del putas de Rodríguez Gacha. Se me van es moviendo porque me voy a llevar a ese hijueputa animal. Me lo voy a llevar con los gringos, que ya vienen para acá. Y aunque al principio nos quedamos pálidos, pensando que era una forma de descubrir algún infiltrado en

nuestras filas o pescar algún cobarde rencoroso con sus coterráneos y tragamos entero y nos quedamos callados, muy callados, como estatuas, no más bastó con terminarlo de escuchar para verle en los ojos que esto no era ninguna prueba sino una orden de verdad-verdad, una confirmación de lo que siempre supimos y hasta susurrábamos en estos meses, que no era que fuéramos amigos-amigos, ni aliados-aliados, sino solo compañeros temporales de estos paracos jóvenes, jóvenes como nosotros, y que como nosotros venían de los mismos barrios, pueblos y veredas, los mismos, hasta más locos, más viciosos los malparidos, menos gente como quien dice, unos perros de un narco poderoso que no tenían nuestro estatus, ni nuestro valor, ni nuestra decencia. Y claro. Eso fue que se callara el Sargento Molina, para que las estatuas que éramos se transformaran en gárgolas que recobran vida y cogimos nuestros fusiles y nuestras pistolas y nuestros cuchillos y nos los fuimos terciando para salir, para salir mientras dábamos grandes bocadas de aire que nos dieran el oxígeno necesario para empezar a degollar cerdos y trozar ganado y desnucar gallinas y obvio que temimos lo peor, temimos la respuesta de estos gran hijueputas que ha decir verdad siempre nos

inspiraron respeto, un respeto impuesto a punta de ver como los trataban en el entrenamiento y como los mandaban a emplear sus métodos en veredas y caseríos y les permitían hacer cuanto quisieran y comerse lo que quisieran y hasta tomarse el tiempo de jugar con cabezas al fútbol o planificar orgias con campesinitas de doce años o usar las motos de los más jóvenes y arrastrarlos por esas destapadas que tanto pedían que les pavimentaran. Nosotros no podíamos hacer eso. No al menos de esa manera. Por eso les teníamos respeto. Por eso es que el oxígeno no se escatimaba. Por eso fue que salimos disparados de nuestro cambuche y nos les fuimos metiendo a los cambuches a los hombres de Rodríguez Gacha o los sicarios de Rodríguez Gacha o los paracos de Rodríguez Gacha o los guaruras del Mexicano, ya que hijueputas importa, para encontrarnos (todos, de eso me enteré después) con la sorpresa de que ellos estaban despiertos, con sus ojos bien abiertos mirándonos en la oscuridad, alumbrando como dos faros entre la neblina, como gatos acurrucados sobre los tejados a los que se alumbraba con una linterna. Y aunque alguno de nosotros debió decir algo, alguno tuvo que comentarle al de al lado que qué había que hacer en estos casos, que entonces aquí que procedía y hasta yo mismo me

he preguntado por años por qué no comentamos nada, por qué yo mismo no dije nada, lo cierto es que no más nos limitamos a acercarnos a ellos y clavarles uno a uno nuestros cuchillos, uno a uno orientándonos por esos ojos bombillo que casi parecían decirnos aquí estamos, aquí nos encuentran, apuñalándolos en la sien una o dos veces y ya está. Eso fue. Sanseacabó. Como cuando te acercas a ultimar al perro al que has estado pateando por un buen rato y este solo baja la cabeza y emite un último chillido y se rinde por fin la movedera de cola. Como cuando está el ternero muerto sobre el suelo, con los ojos bien abiertos, y uno se le acerca y se los saca y los lleva a la cocina para preparar chocolate. Así, natural y orgánico. Así acabamos con todos antes de llegar a la habitación de ella, de esa hembrita, de la niñita, del hijueputa animal ese como lo llamó mi sargento, donde él ya estaba, donde él nos esperaba mirándola a ella, que a su vez hacía lo propio. Me la voy a culiar, dijo de repente. Yo si le voy hacer, dijo. ¿No les parece que es casi humana? Sí, es como una hembrita, le respondió uno de mis lanzas. Debe ser como culiar burra o gallina, mencionó otro riéndose. Así mismo fue. Así fue como empezó. Así pareció darse rienda suelta a una pulsión colectiva. Por un rato el sargento

Molina esperó a que llegaran el resto de los quince. Esperó que nos pusiéramos cómodos, que acomodáramos nuestros equipos y tuviéramos tiempo de desabrocharnos los pantalones. Solo entonces se empezó a desnudar. Solo ahí se empezó a manosear el chimbo. Nosotros replicábamossu ejemplo. Nosotros nos mirábamoss entre todos y nos reíamos como niños haciendo diabluras. Todos excitados y felices. Todos juntos formando el margen del ritual. Todos apenas hombrecitos de diecisiete, veinte años. Todos, menos el sargento Molina, que debía tener unos treinta y tantos y la niña azulada que debía tener doce o diez. Y ellos: Sabemos lo que hicieron. Y yo: Ella suplicó. Y ellos: Sabemos lo que hicieron. Y yo: Nos suplicaba parar, no se necesita saber su idioma para entenderlo. Y ellos: Sabemos lo que hicieron. Y yo: Una mascarilla de oxígeno humedecida por el calor y el sudor. Y ellos: Ya lo sabemos, Señor 3. Y yo: Fui el ultimo por ser el menor. Y ellos: El más bobo también. Y yo: Igual lo disfruté. Y ellos: Todos, ¿no? Y yo: Como subirse en el capó de un carro destartelado, así se sentía poner las manos sobre sus costillas. Y ellos: No es lo que queremos saber, señor 3. Y yo: No hay más, yo no sé nada más. Y ellos: Sí, si debe saber. Y yo: Jajajajaja.

(...)

— ¿Puedo irme en moto? —preguntó Aranda.

— Claro que no, marica. —le dijo Tres. —Ahí está el carro —y señaló el andén —Ahí te vas a ir.

— ¿Me voy a ir?

— Sí, nosotros te escoltamos.

— ¿Van adelante o atrás mío?

— ¿Por dónde te gusta más? —dijo Uno riéndose.

Aranda dejó de apoyarse en la ventana del carro y volvió a la casa. Su esposa, todo este tiempo chismeaba detrás de las cortinas.

— Parece que pasó algo grave. —dijo Aranda al entrar.

— ¿Por qué? —dijo ella preocupada.

— Si me demoro sospecharán. —dijo él y volvió hacia la puerta después de coger su placa y su chaleco.

— Oye, dime que pasó... ¡oye, escúchame!

— ¡Ya! (...) Ya.

Ella se quedó de pie, recostada sobre el sofá de la sala y desde ahí vio a Aranda alejarse. Pensó en acercarse a él, intentar que le explicara por qué estaba sudando y pálido, pero no se pudo mover. Aranda volvió sobre sus pasos y mientras abría la puerta le dijo:

— Perdóname.

Ella debió decirle: Sí. Pero no dijo nada.

Ibarra bufaba. Dos conducía y hablaba con Cuatro. El niño dormía. Dos: Le vamos a cortar los dedos al niño cuando despierte. Cuatro: Muy marica este otro creer que le vamos a quitar el balazo a ese niñito. Dos: No iba a pasar, pendejo estúpido. Ibarra bufaba. Dos: Ja, ja, parece un caballo haciendo así este hijueputa. Cuatro: ¿Y ese malparido niño cuanto piensa dormir? El niño no dormía.

Ibarra contuvo la respiración porque así sentía que el dolor era menos intenso. Esposado como estaba, le prestaba atención a todo lo que decían Dos y Cuatro, pero también se esforzaba por al menos calcular la distancia entre el mirador y el sitio al que lo llevaban. Dos y Cuatro le hacían conversa para no dejarlo pensar. Ibarra, pese a las fallas de su brainlink, incluía en la barra de tareas un contador que lo ayudara. 15, 17, 23, siete minutos. 56, 57, 4, ocho minutos. Su pensamiento se difuminaba. Malparidos, dijo para sí, casi logran desconectarme al 100%.

—Diez minutos. —le dijo Dos. Ibarra enfocó su reflejo en el retrovisor —Nos vamos a demorar diez minutos.

Ibarra sintió miedo.

— ¿Por qué hacen esto?

— No se haga, hombre, Ibarra. — y señaló al niño. — el hijueputica nos disparó. Intentó escapar. Nos tocó matarle al cucho que lo acompañaba. Ya sabemos que le estás mandando información al ERP.

Ibarra detalló al niño que fingía estar dormido. Que siga así, pensó.

— Jefe. — dijo Cuatro. Ibarra notó que Arboleda aparecía como un fantasma holográfico.

— Así que vos sos el sapo. — le dijo Arboleda a Ibarra. Ibarra bufaba y guardaba silencio. — Te vamos a sacar algo de información y a decidir qué hacer con vos.

El carro se detuvo. Dos y Cuatro salieron. Ibarra le dijo al niño: Te sacaré de aquí. El niño abrió los ojos y dejó escapar algunas lágrimas. Dos y Cuatro abrieron la puerta trasera. El niño quiso fingir más sueño, pero ya era imposible.

— ¿Si ves? Estaba despierto. — Dos se ríe. Alcanza al niño y lo carga como un costal de papas.

— A vos si no te podemos cargar — le dijo Cuatro a Ibarra antes de apuñalarle las costillas. Ibarra sintió primero un dolor intenso y después un profundo alivio. El dolor en su pierna, incluso el dolor en las costillas, todo desapareció.

Aranda salió de la casa y antes de subirse al Tesla Pacifista volvió a mirar hacia los espías. Ellos le alumbraron otra vez. Desde sus años en las Guerras de Recuperación Territorial⁶ no tenía la certeza de estar al borde del abismo. Sabía que el trato que ahora recibía era el de un sospechoso. ¿Sospechoso de qué? Se preguntó. Y entonces los mismos problemas que lo aquejaron todas estas horas volvieron a surgir. ¿Qué los tiene así? ¿Saben lo de la mujer? ¿Será que deben silenciarme por lo del anciano? ¿Será que creen que soy cómplice de Ibarra? ¿Será que conectan todos los puntos y todos los puntos apuntan a mí? ¿Estoy exagerando? Aranda subió al carro y el temblor de las manos casi no lo deja encenderlo. En su brainlink revisó su pulso y se aterró con el resultado. Debo calmarme, dijo para sí. Luego echo el carro a andar. Cómo me comporto, que les digo, se burlaron de mí, pero me siguen, su

⁶ Las Guerras de Recuperación Territorial, llamadas también La Tercera Regeneración, fueron un conjunto de conflictos armados internos que se desencadenaron en Colombia a partir de 2038 hasta 2093, cuyo propósito era restablecer el orden del Estado en las zonas ganadas por los frentes guerrilleros de La Guardia, Frente Pacífico-sur y el ERP. Este conflicto es considerado uno de los más importantes de mediados del siglo XXI debido a su impacto geopolítico. Es también el periodo en el que la Policía Nacional de Colombia logró unificar y fortalecer su gobierno cívico-militar. Países Involucrados: Colombia. Venezuela. Estados Unidos. Ecuador. Perú. China.

silencio es impenetrable. ¿Por qué me harían algo? Amigo no soy de Ibarra. Amigo no, compañero no más. El hijueputa que ellos mismos me asignaron para dar rondas y que me cayó bien y con el que la pasaba bien jugando futbol en la consola del CAI, pero nada más. Ibarra no es mi amigo. Yo no debo pagar por esto. Ellos fueron los que nos pusieron a buscar. Yo no sabía que ella tuvo contacto con los chinos. Yo no soy amigo de nadie, amor de nadie, no tengo nada que ver con nadie. Yo soy un policía firme con mi uniforme, gozoso de mi estatus y de ser parte de la fuerza armada que acabó con la insurgencia y con la plaga post comunista. Yo estoy orgulloso de ser parte, de *ser* la patria. Aranda llegó a un semáforo y ahí destapó la guantera. Tenía una pistola, unas bolsas de basura, tres tarjetas de cartón, dos laminas blíster: Tramadol y Clonazepam.

30

La casa es grande. Tiene una puerta de acero que en su tiempo estuvo pintada de verde. Vista de frente, parece de dos pisos, aunque en realidad tiene cinco. Ibarra supo dónde estaba. Cuando subía al mirador, era uno de los puntos que más

le llamaban la atención. Atravesó un pasillo de panel yeso pintado con torpeza de negro. Al estar en lo que debía ser la sala de una casa, se encontró con una ventana larga, que separaba esta zona de una enorme estructura de ensamble, hojalatas con colores que escupían cintas transportadoras y que ocupaban no solo la sala de la casa, sino la sala y la cocina y las habitaciones de las casas vecinas. Esta es una de las fábricas grandes, se dijo y volteó a mirar a Dos. Luego se enfocó en la infraestructura de la fábrica. Este era un entramado encargado de hacer funcionar un aparato enorme de distribución de cocaína, heroína, ketamina, tramadol, clonazepam, fentanilo, morfina, bicarbonato de sodio y ácido acetilsalicílico. Un juicioso sistema Ford repleto de pantallas y cintas transportadoras y cámaras atentas e indigentes. Al menos cien yonquis organizados con rigidez militar, que pasaban la droga de un bol a una bandeja, de una bandeja a unas bolsas enormes, de unas bolsas enormes a unas máquinas cortadoras, de máquinas cortadoras a cajitas o cajas grandes o envueltos plásticos o bolsitas de uno, tres, cinco, quince, veinte, treinta gramos.

— Estamos en el segundo piso. — le dijo riéndose a Dos, quien lo llevaba esposado y sometido.

— Te falta ojo mi hermano. — le dijo el espía. —

Ese es el sótano.

Al final del pasillo cruzaron a la izquierda. Antes, Ibarra aprovechó para echarle una última ojeada a la zona de fábrica, a las grandes chimeneas industriales conectadas a la pared y al gran ventanal a la altura del piso que daba a la calle y a una arboleda. Subieron las escaleras. Al llegar al siguiente piso se encontraron con una sala enorme, con sofás cómodos y una mesita y aire acondicionado y un televisor plasma de al menos setenta pulgadas donde se trasmitían caricaturas. Ahí dos hombres con camisetas oversize con estampados de osos de peluche fumaban cigarrillos. En la mesita estaban preparadas varias líneas blancas y un cenicero repleto de filtros de cartón. Más allá estaba una puerta de madera.

—Vamos a ir al quinto piso. —les dijo Cuatro a los hombres.

—Sisas, todo bien. —respondió uno, sin dejar de mirar la pantalla. —Pasen que el patrón nos dijo que después teníamos que mandar par aseadores.

—¿Tienen cloro?

—Sí. —dijo el hombre.

—Dennos. —dijo Dos.

—Agg...—contestó y fue a la habitación y volvió con un tarro grande.

De cara a las escaleras estaban los dos espías,

el niño e Ibarra. Al frente, los dos hombres. De espaldas, un ascensor. Ibarra estaba preocupado por el niño, al que no le podía ver la cara, pero si lo escuchaba sollozar. Entraron en el ascensor y Cuatro oprimió el quinto piso.

—¡Calláte! —le dijo Cuatro al niño y lo zangoloteo.

—¡No puedo, me duele mucho, me quema mucho! —le dijo el niño que empezó a agitarse como un pescado fuera del agua.

—Aplicasela que ya da igual. —le dijo Dos e Ibarra se ofendió. Los menospreciaban.

—Pues no. —dijo Cuatro y dejó caer al niño.

El ascensor se abrió en el quinto piso y el niño salió disparado de una patada hacia el pasillo. Ibarra quiso hacer algo y Dos aprovechó para dejarlo caer también. Luego le pegó dos patadas en el estómago. Ibarra solo se quejó y tosió.

31

No es poco cargar muertos en la conciencia y el coronel Arboleda lo sabía. Por eso mismo se fijó en Ibarra y Aranda para que fueran parte de su grupo especial. Por eso les encargaba misiones que los ayudara a ascender y salir de la calle y de

las situaciones en las que el estrés postraumático no suele perdonar. Los veía como sus muchachos y como sus muchachos los trataba con rudeza. Cuando salió de la Metropolitana de Cali así los consideraba. Hacía esfuerzos por confiar en ellos. Eso es paranoia de Inteligencia, decía. Eso es qué igual a todo mundo le gusta tener su guardado, pero nada más, decía. Y aun así les puso la trampa y los sabuesos.

El coronel Arboleda nunca olvidaría cómo se desenvolvieron las cosas. Por días le dio vueltas a toda la situación. Él saliendo de la Metropolitana de Cali con su hija. Ambos siendo escoltados por Cinco y Seis. Su hija feliz de estar en la ciudad, corriendo al parqueadero para ser ella quien maneje el Chevrolet Camaro. La noche en la parte alta de Ciudad Jardín viendo la imponente capital del Valle mientras tomaba whisky. La brisa cálida de la sucursal del cielo que le hacía escapar los suspiros. El almuerzo en el que probó varios y exquisitos platos de mar. La serenata de unos mariachis mexicanos. La llamada de los espías. El sabor agridulce de la langosta y el ceviche de camarones. Le confié mi boleto a Eris a mis enemigos, dijo riéndose.

Por días el coronel sintió que algo de sus propias acciones le incomodaba. Todo el tiempo

se reprochaba. Se empezó a cuidar más. Empezó a cuidar más de su hija, a la que le dio un *nuevo número* para que la escoltara. Descubrir a Ibarra le recordó su propia posición, sus sacrificios y la virtud de la prudencia. Le recordó que la debía.

—Así que vos sos el sapo. —dijo Arboleda. Luego los espías se bajaron del carro y le preguntaron cuáles eran sus órdenes. —Entren y ya. —les contestó. —entren que ya todo está arreglado. —y los espías obedecieron.

Arboleda los escuchó decir que el niño estaba despierto y después acompañó su entrada a la casa y la llegada al segundo piso y el ascenso a la sala de interrogación. Solo ahí volvió a hablar:

—No se apresuren. —les dijo. —Entren a la habitación y ahí los golpean.

Los espías obedecieron. Uno de ellos pasó una tarjeta por la cerradura y la puerta se abrió dejando escapar un viento gélido. Luego acomodaron a Ibarra en el centro, en una silla, y al niño a un lado sobre unas canastas de mimbre. De frente se veía una ventana. A un costado, seis aires acondicionados que funcionaban a todo motor. Arboleda les propuso empezar con una serie de golpes, sin preguntas ni negociaciones y así lo hicieron. Ibarra apretó un poco la mandíbula y aguantó.

— Ya. — les dijo Arboleda después de un rato.

Los espías dejaron de golpearlo y el coronel preguntó:

— Frente. Comandante en Jefe. Numeración.

Ibarra levantó el rostro y le sonrió a Arboleda.

— Dejen ir al niño y les daré información. — les dijo con dificultad.

Arboleda se empezó a reír. Los espías volvieron a golpear a Ibarra. Se detuvieron poco después.

— Ibarra, ¿usted por qué fue tan huevón? — le dijo Arboleda. — Aquí tenía todo. Ustedes ya perdieron. No tiene sentido seguir. No se pase de vivo conmigo, que usted ya me conoce. Más bien dígame esta información, para saber a dónde mandarles mi sentido pésame.

Ibarra mantuvo la cabeza gacha.

— Meterles pendejadas a estos pobres niños. — dijo el coronel y su rostro holográfico prestó atención al pequeño sobre las canastas. — Péguenle. — dijo después. Los espías se acercaron al niño y le pegaron una buena tanda de puños y patadas. — No tan duro, maricas. — les dijo. — Ya saben que los niños son los que más rápido empiezan a hablar. — y los espías moderaron su violencia.

— Quiero negociar. — volvió a hablar Ibarra. — El pelaito está haciéndolo porque le pagué mucho

para que llevara los billetes a una dirección. Nada más.

Los espías dejaron de prestarle atención al niño y volvieron frente a Ibarra.

—Es la verdad. —continuó el policía. —miren el cubo cuántico de su bolsillo, guarda unos billetes...

—Si. —interrumpió Dos. —Estos... —y sacó del bolsillo del pantalón los billetes de 500 mil. Hace rato que habían esculcado al niño. Sabían ya que era más que un mandadero —En la cara de los Uribe hay un código escrito. —dijo el espía y se acercó al holograma del coronel. —Mire Jefe. —Arboleda los detalló. —Se lo envié por correo, solo entre y ahí están. —Arboleda sacó el celular y obedeció las indicaciones. —En todas está el código, menos en este. —y el espía señaló un billete que decía: Lleva los demás a KL7- #12-3 y quédate con la devuelta.

—Esa es la verdad. —les dijo Ibarra.

—Mentiroso hijueputa. —le dijo Dos. Lo escupió. —Ese niñito malparido apenas nos vio nos enfrentó.

Ibarra no supo que decir.

—¿Quién está en esa dirección? —dijo Arboleda.

—Mi comandante. —dijo el ex patrullero.

—¿Cuál es la información?

Ibarra tragó saliva y dijo:

—No se haga, coronel Arboleda, por supuesto que lo que dije fue que nosotros teníamos acceso a tecnología de los Dorgons y que hay un soldado muy viejo que algo tiene que ver.

El coronel empezó a reírse a carcajadas. En el restaurante, desde donde seguía el interrogatorio, hija, meseros y comensales prestaron atención.

—No me crean tan marica. —dijo. —Ibarra, pero eso es morir por muy poco.

—Al menos será algo. —escucharon todos que dijo el policía.

—No es nada, hermano. No es en absoluto algo. Mañana mismo se sabrá todo. Los medios nacionales sacarán toda la información. —Arboleda extendió sus brazos, aunque en el holograma no se apreció. —En Colombia un grupo de soldados pudieron vivir por años gracias a la brujería de los Dorgons. —El coronel Arboleda hizo tanto ruido que su hija le susurró que se detuviera. —Ibarra, nos quedaremos con los billetes. —dijo después de un rato, mesurando el tono. —Ustedes encárguense de lo demás. —y los espías dijeron:

—Sí señor.

El coronel Arboleda colgó y se enfocó en su plato. Poco después su hija interrumpió sus

pensamientos y le preguntó si quería más salsa de ají.

—No quiero. —le dijo.

Ella no insistió en la conversa.

32

—No es lo que queremos saber, señor 3. —me dijeron los médicos.

—No sé nada más. —les contesté

—No es eso lo que los ha mantenido longevos. Los Dorgons son mamíferos, como nosotros. El mero contacto genital no hace eso, señor 3.

Y se rieron.

—¿Entonces que fue?

—Su tecnología, señor 3. Es obvio que su tecnología. ¿Cómo la consiguió? ¿Quién se las dio? ¿En qué momento entró en ustedes?

Yo no entendí.

—Que voy a saber. Si la verdad es que yo siempre pensé que ese era mi pecado.

Parecían muy divertidos con mi respuesta.

—Señor 3. —dijo alguno. —en su cuerpo hay tecnología que nosotros hemos investigado en La Tierra desde hace al menos cuarenta años. Solo hay una pequeña diferencia. Es tecnología que nosotros todavía no hemos sido capaz

de desarrollar plenamente. Mire... Nosotros hemos logrado extraer la nanotecnología, pero inutilizable. Necesitamos más información.

Entonces me acercaron algo a las manos.

—¿Qué es este polvo?

—Esto es lo que usted tiene en su interior.

—¿Harina?

—No, no lo es. Pero se asimila su consistencia.

—¿Fue esa la primera vez que tuvieron contacto cercano con ella?

—Sí. —dije. —Nunca nos acercábamos. Eran las cocineras las que le dejaban afuera sobre una mesa y ella la que, enorme como era, se acercaba a recogerlo.

—Hubo un momento en el que esto entró en sus cuerpos, señor 3.

—¿Qué les dijeron mis lanzas?

—Lo mismo que usted. Nada útil.

—¿Entonces que necesitan?

—Nada. Solo ver si hay algo más. Pero no nos está dando nada nuevo...

—¿Y cómo se supone que esto debía entrar en nuestros cuerpos?

—Da igual. Funciona incluso vía oral.

—¿Nos la comimos?

—Sí. Es tal vez la única forma si ella no investigó con ustedes.

— ¡Ja!, investigar —dije, sintiéndome ya un animal mitológico en las manos de unos dioses.

— Esa niña no se podía ni mover.

— Ok, señor 3, díganos comidas que se preparen con esa textura.

— ¿La harina?

— Sí.

— Masas en aceite —les dije. —Y también en masas pedorras y en aborrajados, con queso y maduro negriamarillo. En pan. No sé...

— ...

— No me vayan a matar.

— Señor 3, pensamos que nos sería más útil.

— ...

33

Ibarra aguantó. Los espías dejaron de golpearlo y sintió que el rastreador se salía de su muela. Intentó hacer tiempo, pero fue imposible. Al escuchar la confianza del coronel Arboleda supo que no saldrían vivos de ahí y que el sacrificio era inútil. Tiene que venir rápido, pensó, él debe venir rápido. Y entonces con su lengua acomodó el transmisor y siguió aguantando.

— No te creo que solo es eso lo que está escrito aquí. —le dijo Dos al policía sacudiendo los

billetes. Luego siguió dándole cachetadas. — Hacerte matar por una bobada. — Le dijo. — Los Dorgons hace tiempo que no son un secreto. ¿Qué sentido tiene informar sobre esto? — y mientras lo decía, en su mente se formaba un enemigo abstracto que a su vez los condensaba a todos, estudiantes universitarios, indígenas, negros, mujeres inmorales, trabajadores informales, obreros, políticos exiliados, enemigos muertos e históricos: el ERP.

— Esta pistola usa tecnología Dorgon. — le dijo Cuatro. — Si te disparo parece que la zona en la que impacta se compromete a nivel celular. Un dolor intenso aparece en una zona que no está realmente herida.

Dos tomó del cabello a Ibarra y lo obligó a sostenerle la mirada.

— Ese niño está otra vez inconsciente del dolor. Lo que te podemos ofrecer es matarlo sin tortura. Pero sería bueno que nos des unos cuantos nombres. De lo contrario empezaremos a ¡crac! ¡crac! ¡crac! ¿Se entiende?

Ibarra no dijo nada. Si hablaba los espías verían el dispositivo.

— Estoy cansado de ustedes. — dijo Cuatro, y quitó de una patada la silla, para que Ibarra quedara colgado del pelo— Estoy cansado de que

estén a cada rato chimbiando.

Ibarra no pudo evitar lagrimear.

— ¡Hablá! —le gritó Dos.

Un hombre con ropa sucia y olorosa camina por el barrio conocido ahora como La Gran Cocina. Tiene una camiseta blanca llena de barro. Un blue jean ancho con restos de orina propia y ajena. Un costal. Debajo de la camiseta tiene un chaleco antibala y dos pistolas. Debajo de los blue jean un arpón y dos granadas de ruido. Dentro del costal una papa bomba gigante que irá al sitio donde le alumbrará el GPS.

El niño volvió en sí e hizo intentos por esta vez soportar el dolor. Sus dos piernas le ardían. Fue así como empezó a respirar controlado y a comprender la situación. Los dos espías sentados de cara a la puerta de la habitación, recostados sobre una mesa de madera sobre la que hay unas jeringas y unos vasos de porcelana. El policía tirado en el centro, sin moverse. Él incapaz de escapar, sobre unas canastas de mimbre.

— Despertaste. —le dijo uno de los espías.

— Ahora vamos a seguir con vos si no hablás.

El niño sintió que su mirada se oscurecía otra

vez. Los espías se acercaron y le aplicaron una inyección en las costillas. El dolor se empezó a disipar.

—Vamos a ver, si nos decís todo lo que necesitamos te vamos a dejar solo cinco años en prisión.

—Soy menor de edad. —dijo al fin con dificultad.

—No, no. —le dijo el espía sonriendo. —Sos un adulto, estás tomando decisiones de adulto. Te vamos a tratar como tal.

El niño empezó a sentir la ansiedad de estar esposado.

—Quítenme las esposas, por favor. —y volvió a desesperarse.

—Vas a hablar, ¿sí o no?

—¡Sí! ¡Sí!

Un hombre con una pipa de bazuco en la mano y con dedos chamuscados mira una casa en La Gran Cocina. Desde una ventana sale al exterior una gran nube blanca que se eleva hacia el grisáceo cielo patojo. Desde su perspectiva la casa tiene dos pisos y de la mitad para atrás, tres pisos más. Mira su GPS y sabe que es desde ahí que viene la señal. ¿Están listos?, les dice a sus compañeros,

entes fantasmales que están alrededor de él. Sí, capitán, responden los seis.

El otro espía se acercó y le quitó las esposas al niño. Luego lo levantó de la camiseta como un trapo.

— Listo, hable pues mijo. — le dijo.

— Me resistí por miedo — dijo el niño. — Por miedo, nada más. ¡Pero hablaré, hablaré!

Entonces los espías se miraron entre ellos. Luego, uno le tomó el brazo al niño y se lo fracturó tirándolo hacia atrás. El niño empezó a gritar y contornearse en el piso.

— ¡Hable maricón que lo vamos a matar! — le dijo el que lo fracturó.

El niño no dejó de gritar, ni entonces ni después de que la habitación explotara y todo se llenara de un humo gris y espeso y los disparos empezaran a ir de aquí para allá y él volara por los aires y cayera a la arboleda y se fuera alejando en los brazos de una mujer que le pedía calmarse.

El hombre se acerca a la casa y nota que tiene vigilancia. Saluda al que está justo bajo la ventana, quien no parece feliz de ver a un indigente en esta zona. Hágle pallá, hijueputa, dice el vigilante.

El hombre se acerca y con un movimiento rápido le clava un cuchillo en el cuello. Luego prepara la bomba de humo que tiene en el costal y con una fuerza sobrehumana lanza el artefacto hasta una ventana en un quinto piso. Tiene dos francotiradores, que replegarán todo lo que salga del humo que no sea él o el policía. Tiene dos encargados de distracciones. Tiene dos asistentes escondidos en la arboleda. Él va a entrar.

Ibarra aguantó. Los espías se enfocaron tanto en él que al cabo de un rato notaron que Ibarra no respondía. Su rostro estaba deformado por los golpes, que ya habían escalado de cachetadas a patadas y puños con manopla.

— Ya no le demos más. — dijo Cuatro.

— Mejor tomemos un poco de café. — dijo Dos.

Los espías se acercaron a la mesa junto a la puerta y se recostaron sobre ella. En la habitación hacia tanto frío que sus cafés estaban helados.

— Al menos nos prepararon la pieza. — dijo Dos dejando asqueado el café a un lado.

Los espías guardaron silencio. Luego notaron que el niño despertó.

— Despertaste. — le dijo Dos.

El hombre dispara un arpón y segundos después una cuerda lo impulsa. Mientras vuela escucha disparos. Cae en la habitación y escucha pasos que corren. Va hacia la izquierda y se topa con la pared y con varios aires acondicionados. Desde ahí lo ve uno de los espías y le dispara. El hombre se escabulle entre la nube, como si pudiera ver por en medio de ella, y llega hasta el centro. Ve al policía esposado y con el rostro destruido. El niño, le dice con dificultad, el niño.

Una explosión los sorprende.

—Hijueputa. —dijo Dos y disparó hacia la nube y la ventana.

Luego Cuatro se desentendió del niño y corrió a la derecha. Se pegó a la pared y sacó su arma. Desde ahí la nube le obstruía la vista. Dos disparó.

—¡Ahí está! —dijo. —¡pegado a los aires acondicionados!

Cuatro disparó en esa dirección, pero en un movimiento fugaz vio al objetivo en el centro de la habitación y después enfrente de su compañero. Dos apuntó, pero ya estaba muy cerca de él. Intentó golpear al hombre, pero este hizo un movimiento preciso y lo esquivó. Cuatro apuntó, pero rehusó disparar. Corrió hacia su compañero.

El hombre se enfrenta a uno de los espías. El espía le lanza un jab. El hombre lo esquiva y responde. El niño grita en el piso. El espía es rápido. Ya se acerca con un uppercut. El hombre pone las manos y resiste el golpe, pero es investido por el otro espía. Es entonces cuando lanza una de las granadas que tiene bajo su pantalón y un ruido ensordecedor llena el espacio. Los espías se debilitan, pero no se detienen.

A Dos y Cuatro les zumba la cabeza, pero eso no los detiene. Mientras Cuatro lo sostiene, Dos levanta su pistola y le apunta. Dispara dos veces, pero falla siempre. Dos ve al hombre moverse con fuerza y liberarse de Cuatro. Lo ve acercarse a él. Un hook, piensa, pero no. El hombre abre su mano y Dos nota la granada. Estalla. Dos cae al suelo. Sus ojos en blanco y su oreja escurre sangre.

Cuatro vio a su compañero caer. Vio al hombre escapar con el niño. Sacó su pistola y disparó. Corrió tras él. Mientras salía de la nube, un disparo lo impactó en el abdomen. Cayó en la arboleda y desde ahí vio al hombre alejarse. Ahora lo acompañaba otra persona. Unos sicarios lo intentaron auxiliar, pero les gritó que más bien

persiguieran a los sospechosos. Se levantó y volvió al quinto piso y le descargó todo el cargador al rostro de Ibarra.

34

El coronel Arboleda los llamó enojado. Uno y Tres, acostumbrados a su temperamento, aguantaron lo que no iba dirigido para ellos. Estos maricones, decía, dejar escapar a ese peladito. ¿Qué va a pasar? ¿Qué van a decir? Eviten que se haga noticia, que alguien sepa lo que pasó.

—Ya me pongo en eso. —dijo Tres, dejando a un lado la botella de gaseosa y sacando el computador.

—Jefe. —le dijo Uno. —Dos no está nada bien. Le fracturó hasta el cráneo.

El coronel Arboleda se calmó un poco, pero no podía contenerse. Malparido Ibarra, decía, ese triple hijueputa tenía una muela con GPS. Se me ponen abejas con las cámaras y la identificación de esas personas. Vamos es a responder, ¡pero ya!

—Si señor. —dijo Tres. —Le mandaremos en una hora las fotografías de todos. Del que entró y quienes lo acompañaron, de los francotiradores, de los otros que provocaron incendios en las casas de los indigentes y en el reciclaje. Sospechamos

del de siempre: Bateman Cayón.

Arboleda dejó que un ruido extraño llenara el Peugeot de los espías.

—Tenemos que darle piso a ese. Tenemos que quebrar a ese malparido estorbo. —Luego cambió de tema. —¿Qué está haciendo?

—Nada, señor. —le contestó Uno. —No ha salido de su casa. Yo no creo que este tenga nada que ver. Lo que sí es que se le nota el miedo constante. Volvió como con culillito⁷ de las misiones en Guapi.

El coronel pareció reír.

—Da igual. Lo llamo y lo llamo y lo llamo y la gonorrea no contesta. Creerá que somos la familia de él pandar al culo suyo.

—Lo que usted ordene, Jefe, ya sabe cómo es. —dijo Tres.

El pitido en los oídos, que él confundía con el silencio, solo fue interrumpido por un par de patrulleros jóvenes que prendían y hacían tronar una de las nuevas Kawasaki. Tres pareció caer en cuenta de que estaba con una manguera en la mano lavando una Tesla Pacifista. Se quedó detallando el logo de la Policía Nacional y los números de placa del vehículo. Volteó la manguera y se echó

⁷Culillo: Miedo.

agua en la cara por algunos segundos. Luego tiró la manguera al piso y caminó hacia el ascensor.

35

Toda la conversación se da en inglés.

— Estoy agotado.

— Yo también.

— Lo mejor será preparar café. Quedan cuatro más por revisar.

— Pensé que con este podríamos encontrar algo nuevo.

— Era el más joven, pero daba igual.

— Al menos ahora sabemos que todas las personas a las que les ponemos ese animal lo quieren de vuelta.

— Me niego a llamar a esa cosa un animal.

— Está viva, al fin y al cabo.

— ...

— ...

— Al menos es lindo verlos explotar al ser tirados al espacio.

— ...

— ...

— ¿Por qué habría una niña y un adulto?

— No parecían querer invadir. Ningún contacto registrado parece querer eso. ¿Por qué su contacto

siempre es lejano?

— ...

— ...

— ¿Saben que pasó con esta?

— Cuando llegó a Nuevo México la limpiaron y mandaron a la CIA a asesinar a todos los implicados. El sargento Molina en Colombia aseguró haberse encargado de todos sus soldados. Murió asegurándolo.

— ¡Ja!

— ¿Pasó algo más?

— Cuando despertó y se la liberó golpeó su cabeza contra las vigas de vidrio hasta que el cerebro se salió del cráneo. Murió días después.

Los médicos toman sus vasos de café y caminan por la habitación. Uno oprime un botón y en una pantalla un video se reproduce. Aparece una niña alta golpeándose contra su cárcel. Las cámaras se acercan a su rostro. Parece un chimpancé muy enojado. Los médicos la ven llorar. Piden que pasen los cuatro soldados restantes para terminar ya.

—Hombre, Carlitos. —le dijo el cónsul al otro lado de la llamada. —Esto se nos ha salido de las manos y se debe arreglar.

—Claro que sí, señor. Solo fue uno de los encargados de la misión que se nos quiso pasar de vivo. Yo puse la trampa y cayó. Todo está bajo control.

—Es raro que sea solo eso y nada más. ¿No te parece?

—Sí, estamos intentando descryptar los mensajes en los billetes. Tenemos alguna de su gente en las cárceles colaborándonos. Aunque eso no ha dado frutos...

—Carlitos... me dijiste que no habría problemas.

—Y no los hay, señor.

—El gobierno quiere manejar esto con prudencia. Que se sepa lo que sale en las noticias y nada más. Incluso menos. Que pase rápido y ya.

El coronel Arboleda sintió una profunda rabia contra Ibarra.

—Tengo una idea, señor. —dijo. —Usted no se preocupe.

—Carlitos, me parece muy bien. Es hora ya de enfrentar al ERP con contundencia. Dar un golpe definitivo a los bloqueos y las manifestaciones.

—Quiero viajar a Eris. —dijo, sin parecer escuchar al cónsul.

—Y lo harás. —le dijo este. —Lo harás pronto, incluso. En cuanto arregles lo que dañaste.

—...

—Pero no sé si pueda llevar a dos.

El coronel Arboleda vio más allá de las ventanas a su hija sentada en la sala junto a su novio. Notó que estaban mirando una película de acción.

—¿Solo yo?

—Ya lo hablamos. Si quieres viajar, solo uno te puedo conseguir.

—Está bien. Solo quiero descansar.

—¿Le tienes miedo a tus justicieros, coronel Carlos Arboleda?

—...

37

Los medios tradicionales y digitales difundieron y las redes sociales empezaron a replicar el asesinato de un patrullero de la policía a manos del Ejército de Resistencia Popular (ERP). El asesinato atroz era condenado tanto por el Estado, que exigía represalias, como por los opositores en el exilio, que llamaban al diálogo. La población civil se repartía a lo largo de ambas

posturas. La policía nacional reforzó su discurso anti terrorismo y acusó al ERP de empezar un plan pistola. La represión fue intensa y la intensificación de operaciones contra la guerrilla justificó la creciente crisis administrativa y económica y la persecución política. Poco después las universidades públicas cerraron. Algunas fábricas del sur occidente colombiano, también. El problema se expandió a lo largo y ancho del Gran Cauca. Fue entonces cuando las calles se llenaron de más manifestantes y se empezaron a organizar ollas comunitarias. El ERP tomó fuerza. La cura, multiplicó la enfermedad. Poco después se desató una nueva guerra civil. Estados Unidos e Israel, se involucraron más en los asuntos internos de Colombia. Por esas fechas, la gran alianza americana del Atlántico y el Pacífico, empezó a promocionar su decimoquinto viaje a Marte del año. La nave Haumea, asignada para esta misión, se conoció en la Tierra y en Marte gracias a los streamers que recorrieron sus instalaciones con notoria felicidad.

Primero me metieron en un cuarto. En un cuarto tuvo que ser porque no había ventanas, pero sí paredes para retenerme ahí. No. Primero fui yo hablando de más. Haciendo ruido en mi casa, gritando a los cuatro vientos en mi casa. Los vecinos mirándome raro, los inquilinos evitándome, las jovencitas alejándose, mi olor corporal confundiendo con el de los cigarrillos y el alcohol. Ahora sé qué me trajo aquí. Por eso sé que no saldré. Por eso basta con dejarse llevar e ignorar el impulso de rogarles. Aceptar con dignidad sus órdenes y dejarse organizar en el interior de una cosa larga y ovalada, dejarse conectar a ella y disfrutar del mascar constante de la baba que ahora vuelve a ocupar su lugar en mi cabeza. Ella es mi gozo y mi yunque. Cuando desapareció el sargento Molina nos encontramos y acordamos cambiarnos los nombres y olvidarnos. Así fue. Así seguimos aguantando las vicisitudes del país que en mala suerte nos cupo y me casé con una mujer que me dejó a los años. Y amé a mi sobrinita y a los malos hijos de los que quedó preñada. Segundo Campo Elías no existe. No es ya nadie ni nada. Murió en el 89 junto con Gacha. Murió en el 90 junto al sargento Molina. Murió

con los estúpidos que no cambiaron su identidad.
¿Cuánto tiempo más hubiera vivido así?

Primero son un poco de imágenes saturándote la mente y la retina. Imágenes muy claras de lo hecho y lo dicho y un poco también lo pensado. Luego es como estar en una sala llena de televisores y ser capaz de observar según se quiera. Ya sé dónde estoy. Ya sé que hago aquí. Hablo, pero nadie responde. Siento como si me soltaran desde un acantilado. Hasta la baba en mi cabeza parece sentir miedo. Tiembla. Tranquila, le digo. Tranquilo, me digo. Después parezco llenarme de confeti, hervir, orbitar. Estoy muerto.

"Es finales del siglo XXI en Colombia y dos patrulleros de la Policía Nacional deben llevar hasta el Mayor General Carlos Arboleda un paquete interesante: Un anciano que ha pasado el umbral de los cien años. La novela transcurre en pocas horas. Eris es la primera de una saga de novelas titulada Los transneptunianos."



Andrés F. Burbano (Popayán, 1996). Ha publicado en digital los cuentos: La despedida del Going Merry (2022), Exequias de mi hermano pez (2022), El corazón de trapo (2023).



@aparatonacional
@revistaaparato

aparatonacional.com



Punk records
Editores